

Justino de Jacobis

(Enrico Lucatello. Luigi Betta)

PARTE I: LA SIEMBRA

La elección

En octubre de 1838, el cardenal Filippo Frasoni, prefecto de «Propaganda Fide», quien se encontraba en Nápoles, huésped de la casa de los sacerdotes de la Misión llamada «dei Vergini» o «delle Vergini», conversando con el padre Justino De Jacobis, superior de la casa, comenzó a hablar de Etiopía.

Su cohermano Giuseppe Sapeto, dijo, que ha pasado de Siria a Etiopía por iniciativa propia junto con dos científicos franceses, los hermanos d'Abbadie, insiste en que se dé forma definitiva a aquella misión, por él fundada el pasado 3 de marzo, de la cual parece se puedan realmente obtener resultados consoladores. De hecho, él ha conseguido hasta celebrar misa en la iglesia de san Gabriel, en Adua, el día de Corpus Christi; suceso inesperado, si se piensa que desde hace más de doscientos años, ningún sacerdote católico ha celebrado jamás en Adua.

_ ¿Son, replicó De Jacobis, noticias ciertas?

_ En una relación que se me envió el pasado julio, Sapeto me escribe que ha conseguido, tras haber incluso superado una especie de prueba pública sobre la fe, no sólo obtener permiso para quedarse, sino hacer respetar el nombre de católico, y que se estime al romano pontífice, habiendo muchos confesado ser éste el primero de la cristiandad. El padre Sapeto habla de esta misión ya desde 1837, mandando noticias cada vez más lisonjeras; el momento parece además favorable, porque la iglesia etíope está privada de su jefe desde hace más de diez años, no habiéndolo nombrado aún el patriarca copto de Alejandría, y está por eso el clero local un poco desorientado. Con todo, las dificultades previstas por el padre Sapeto no son pocas, y creo que al frente de la misión debiera haber un hombre bastante más preparado, más ordenado, más prudente y también más firme que él.

—Sí, dijo De Jacobis, para estas obras se requieren hombres de gran constancia, de gran prudencia y también de gran dulzura.

Tal es justamente el hombre que busco, concluyó el cardenal prefecto mirando a su interlocutor, con quien no por casualidad había sostenido aquella conversación.

En efecto, desde que se había pensado en dotar de una organización a la misión de Etiopía, que Sapeto había comenzado por iniciativa propia, pero que ahora implicaba la responsabilidad ya de «Propaganda Fide», ya de la congregación de la Misión, la atención de los superiores recaía sobre dos personas: el padre Marcantonio Durando, visitador de Turín, y el padre Justino De Jacobis, superior de Nápoles; a ambos se había escrito por parte de «Propaganda», para preguntarles si aceptarían la dirección de la nueva misión, pero Durando había respondido de manera sustancialmente negativa, mientras que De Jacobis permitía esperar en una aceptación, por lo que se contaba ya con él, que tenía la reputación de sabio, trabajador y muy exquisitamente espiritual. Y de ahí que el cardenal Frasoni, llegado luego a Nápoles, tuviera con él un intercambio sobre la nueva empresa.

De Jacobis tenía entonces treinta y ocho años, habiendo nacido el 9 de octubre de 1800 en San Fele, diócesis de Muro, en Basilicata, de Giovanni Battista y de Maria Giuseppa Muccia, séptimo de entre catorce hijos, de los que habían muerto nueve en tierna edad; bautizado al día siguiente, en la iglesia parroquial del arcipreste don Pietro Pellegrino, se le impusieron los nombres de Giustino, Pasquale, Sebastiano.

La familia, rica en fe cristiana, aunque ya no en bienes como en otro tiempo, pero siempre socialmente considerada, le proporcionó los rudimentos de la educación, en particular por obra de la madre, quien lo llevó con sencillez a un verdadero transporte por la piedad y las

cosas de Dios; recibió el crisma el 26 de mayo de 1808, del obispo diocesano Monseñor Gianfilippo Ferrone. En 1814, no se sabe por qué motivos, la familia De Jacobis se trasladó a Nápoles, vendiendo incluso la ancestral mansión. Justino continuó los estudios, distinguiéndose siempre por la conducta, el provecho y la piedad; en aquel período, tuvo como confesor al carmelita padre Mariano Cacace, reformado de Santa Maria della Vita, quien entonces, debido a la supresión napoleónica, residía en el convento de Montesanto; este carmelita le ayudó a madurar su vocación, la cual le impulsaba a una vida esencialmente activa, en pro de la población del reino.

El 17 de octubre de 1818, Justino De Jacobis entró en la congregación de la Misión, establecida en Francia por san Vicente de Paúl desde 1625 y difundida rápidamente en Italia.

Los miembros de esta congregación tenían y tienen por fin principal, además de la formación del clero, la predicación a los campesinos mediante las denominadas «misiones populares», una forma de actividad que les pone en contacto con las clases más humildes; tienen además otra, que ejercen especialmente dirigiendo las Hijas de la Caridad y las cofradías de Señoras de la Caridad (instituciones ambas del mismo san Vicente), lo que por otro lado les pone en relación con la alta burguesía y la aristocracia; todo ello está en el espíritu del fundador, que instituyó las misiones populares siendo capellán doméstico de los Gondi y fue después miembro del Consejo de Conciencia de la reina Ana.

No se podrá decir cuál de estas formas de caridad activa atrajo más al joven Justino; le agradó en su conjunto probablemente todo este ideal, que une al rico y al pobre, a quien posee mucho en la tierra y necesita crearse una riqueza en el cielo, y a quien no poseyendo nada en la tierra, necesita saber que, justo por eso, es rico en el cielo.

Justino era de carácter bastante impulsivo; la reflexión, a la que naturalmente propendía, fue la primera en moderarle este serio defecto; más tarde, cuando se apoderó de él por

completo su ideal misionero, no le quedó de ello sino aquel impulso interior hacia cosas cada vez mayores, realizadas cada vez con mayor sencillez; pero necesitaba vida activa.

En la casa napolitana «dei Vergini» completó el bienio de noviciado, bajo la guía del padre Francesco Saverio Pellicciari, y en los últimos meses, bajo la del padre Antonio Castellano.

Tras la emisión de los votos, que tuvo lugar el 18 de octubre de 1820, hizo normalmente sus estudios de teología, sin recibir ningún orden sagrado, por no considerarse aún digno de acceder al sacerdocio, como afirmaron algunos testigos.

Trasladado a Oria, en Apulia, el 27 de octubre de 1823, recibió allí en breve las órdenes menores, el subdiaconado y el diaconado; el 12 de junio de 1824 era finalmente ordenado sacerdote por el arzobispo de Brindis, Monseñor Giuseppe Maria Tedeschi, o p., en la catedral, junto al altar de san Miguel.

De los quince años que siguieron, al no tener relación directa, por lo menos en apariencia, con la misión de Etiopía, sería fácil desembarazarse, diciendo que «ejerció el ministerio»: en la casa de Oria hasta finales de 1829, luego en la de Monopoli hasta principios de 1834; fue después superior de Lecce hasta mayo de 1836, cuando se trasladó a Nápoles; y en la capital, primero como director o maestro de novicios, en la casa de San Nicolás de Tolentino, hasta el verano de 1837, finalmente como asistente, y después superior de la casa «dei Vergini». Sus actividades durante este tiempo fueron naturalmente las propias de un padre de su congregación: predicación al pueblo en las «misiones», dirección de las almas en el confesonario y en los ejercicios espirituales, promoción de las demás obras de la congregación, etc. Pero merece la pena considerar un poco más de cerca algo de estas actividades, para darse cuenta de lo que significaban especialmente entonces, por ejemplo, las misiones populares, actividades características de su congregación.

No se trataba, como alguien pudiera creer, de simples cursos de predicación; las «misiones»

duraban generalmente más de un mes, y ocupaban a nutridos grupos de misioneros, a veces hasta diez o doce, llamados para el caso de las casas vecinas, sin contar a los hermanos coadjutores, auxiliares valiosísimos para las múltiples incumbencias.

De Jacobis participó en una cincuentena de tales campañas, y exceptuando el canto, para el que no estaba propiamente cortado, realizó todas las funciones como los demás cohermanos: instrucciones, catequesis, sermón «grande» o «de máxima», predicaciones especiales, pláticas; era también muy asiduo y solicitado para las confesiones.

Luego, los ejercicios espirituales a diversas categorías de personas: se reservaron a De Jacobis no pocas veces los ejercicios a religiosas y a los llamados «galantuomini», o sea, profesionales y bien situados de los diversos pueblos; además la asistencia a los enfermos, a los pobres, la dirección de las asociaciones de caridad, y cuanto era necesario para la organización y funcionamiento de las casas y de las obras.

Todo esto se desenvolvía en un ambiente popular de una religiosidad viva, pero con frecuencia impregnada de superstición y de fanatismo, que cansaba a quien tenía de la religión un concepto más espiritual; en una situación social, política, económica, en la que repercutían aún los efectos de las revoluciones, contrarrevoluciones y movimientos que habían agitado especialmente a la Italia meridional, y hacían más difícil la evangelización de las poblaciones.

Naturalmente, tampoco en la Congregación le resultó todo siempre liso y llano: no dejó de afligirle alguna enfermedad; divergencia de miras, de opinión, de programa llevaronle a enfrentarse con sus cohermanos, acarrearle en ocasiones humillaciones del lado de los superiores, especialmente durante el superiorato en Nápoles. Todas las órdenes religiosas, como la Iglesia misma, pugnaban por reconstituirse y recobrase tras la doble marea de la revolución francesa y de la dictadura napoleónica; para la Congregación de la Misión provenían bastantes dificultades del hecho de

tener la sede en París: todo se sumaba para hacer difícil el ministerio.

De ahí que a la luz de lo que ahora sabemos, reflexionando sobre lo ocurrido después al estar en Etiopía, y sobre el modo como empujó y llevó la obra cuya dirección había aceptado, debe decirse, que aquellos quince arios no fueron de simple y ordinario ministerio, sino que constituyeron la preparación para la gran empresa. En aquellos arios, se formó sin duda y maduró en él la espiritualidad, cuyas líneas había condensado San Vicente en las Reglas, dadas a su congregación 33 arios después de haberla instituido, y tras haberlas ilustrado una y otra vez de palabra y con el ejemplo, y por consiguiente como conclusión de un grandioso experimento, hecho de reflexión y acción.

Es ésta en efecto una espiritualidad, que tiene su centro en Cristo, quien «habiendo sido enviado al mundo para salvar al género humano, comenzó primero a obrar y luego a enseñar», como dice justamente el primer punto de las reglas; de tomar a Cristo como «modelo universal de la perfección evangélica», y por consiguiente de amar a Dios sobre todas las cosas y hacer su voluntad, siguiéndola sin anticipársele (pues decía San Vicente, las cosas de Dios se hacen por sí solas, y la verdadera sabiduría consiste en seguir a la providencia muy poco a poco), irradian aquellas normas, que son el camino de perfección del vicenciano: buscar ante todo el reino de Dios; amarse mutuamente; servir a los pobres, especialmente a los más pobres; practicar la virtud de la mansedumbre; ser cristianamente humildes; seguir a Cristo en la mortificación; desprenderse de todo cuanto no es Dios; usar bien de las tribulaciones y hasta de las tentaciones; comportarse evangélicamente en medio de las calumnias y de las persecuciones. Se verá cuando hablemos de la misión en Etiopía, cómo De Jacobis tiene que aplicar estas normas por propia elección u obligado por las circunstancias, casi una por una, como si se hubiesen escrito para él y para su obra: si pudo pues hacerlo, es claro que se había preparado a ello, cuando quizá ni siquiera de lejos pensaba que lo hubiera de hacer.

Pero merece la pena recordar aquí otros aspectos de su espiritualidad: la devoción a la Virgen y la apertura al mundo. De la primera es testimonio indubitable el apodo que le dieron los abisinios apenas llegado a tierras etíopes: el abba Yakob «de María»; evidentemente porque, como se dirá después, manifestó de inmediato su amor a la Virgen Inmaculada, cuya imagen iba a propagar pródigamente bajo la forma de aquella «medalla milagrosa» que, acuñada apenas seis o siete años antes de su partida, llegaba con él por primera vez a África.

En cuanto a abrirse a los demás, basta la regla que se dio a sí mismo, antes incluso de llegar a su territorio de misión; en un tiempo, en el que los viajeros, los estudiosos, los exploradores y hasta con frecuencia los propios misioneros — católicos y protestantes—, demasiadas veces actuaban como precursores del colonialismo europeo, con miras a hacer de los indígenas semejanzas de sí mismos y de los países de los que ellos provenían, él invirtió el programa y, a ejemplo de su santo fundador, que descendió a los tugurios y subió a las galeras, se forzó a hacerse «abisinio con los abisinios». San Vicente le había enseñado también a llevar una vida austerísima; no sólo se despreocupaba de las comodidades — en vano se hubiera preocupado de ellas, al tener que predicar en tierras con frecuencia paupérrimas—, sino que las rehuía siempre resueltamente y acrecentaba las molestias con penitencias voluntarias.

Su predicación, hecha, según el «pequeño método» vicenciano, más de sencillez, de persuasión, de familiaridad, que de elocuencia y despliegue de erudición, gustaba a la multitud y a los grandes: las multitudes le rodeaban dondequiera predicase, en Apulia, en Nápoles, en el reino; y los grandes le tuvieron cerca de sí; la marquesa Elena dell'Antoglietta di Fragagnano fue su fidelísima penitente, inteligente colaboradora y bienhechora generosa durante muchos años.

Las relaciones con estas personas no le enmendaron una cierta aspereza de carácter, por otro lado muy simpática; habiendo en una ocasión recibido un regalo de ciertas hermanas, parece habérselo agradecido con bastan- te

brusquedad, pues luego reforzó la dosis escribiéndoles: “No niego mi rudeza, que nace del propósito de no aceptar regalos de los penitentes. Para evitar inconvenientes semejantes en lo futuro, no hay sino un medio: pero es efficacísimo, y consiste en que os abstengáis vosotras de hacer regalos, y yo de mostrarme rudo».

Pero tratándose de asistir a los necesitados, hallaba recursos profundísimos de caridad. En 1836 y 1837 Nápoles fue azotada por el cólera, que causó dieciocho mil víctimas; todo el clero napolitano fue heroico en aquella ocasión, y se dio con ímpetu admirable a la asistencia material y espiritual de los apestados; De Jacobis se distinguió entre todos, desafiando día y noche el agotamiento y el peligro, siguiendo el ejemplo de su compañero Vincenzo Spaccapietra, a quien se llegó a hallar una vez adormecido, extenuado por la fatiga, junto a un apestado, al que había asistido hasta la muerte.

Las poblaciones de muchos centros del reino amaban a este joven sacerdote, pregonero de la palabra y de la caridad de Cristo, y no ocultaban hechos maravillosos que se le atribuían.

Contábase entre otros casos el siguiente: mientras estaba una vez predicando en Monopoli de Apulia, se le llamó para que asistiese a un moribundo, padre de un cohermano suyo, que vivía en el campo. Era a última hora de la tarde, y el campo a esa hora estaba oscuro y desierto, pero no esperó para ponerse en marcha más que a un criado que encendiese una linterna y le enseñase el camino

Hacía mal tiempo y soplaba un viento furioso, que a un cierto punto apagó la linterna: el criado, que marchaba delante, se vio perdido en la oscuridad, pero al cabo de un trecho, se apercibió casi con miedo, de que en torno a De Jacobis había una luz, que iluminaba el camino lo suficiente para ver por dónde avanzar. Quedó de tal suerte impresionado, que no pudo comer ni dormir en toda la noche.

Durante este período murieron sus padres: el padre, el 26 de octubre de 1837, y la madre, el 21 de junio de 1838; dos de sus hermanos se habían consagrado entre tanto al Señor: Vincenzo se había hecho cartujo, con el nombre de don Giuseppe, probablemente en 1826, y Filippo misionero vicenciano como él, a finales de 1835; otros dos hermanos ejercían profesiones: Niccola, literato y Donato Antonio, abogado civil; una tía, la Madre María Constanza, era abadesa de las visitandinas de San Fele. Pero la familia, sumado todo, procuró también a De Jacobis, sobre todo debido a las penosas condiciones económicas, no pocas preocupaciones.

Los superiores lo sabían todo y lo estimaban en su justo valor; de ahí que le confiaran la dirección de la casa de Nápoles, donde continuaba dando pruebas de virtud, y donde lo halló el cardenal Franson en 1838, y le habló de reemprender la misión de Etiopía, como le había ya escrito, proponiéndole que asumiera su dirección.

La calzada desierta

La historia de la iglesia etíope está vinculada a la de los albores del cristianismo, al tiempo en el que la iglesia naciente formaba aún tan sólo un puñado de misioneros; había ya expirado Esteban bajo las piedras, tras haber rogado por aquellos enemigos, de cabezas más duras que los guijarros que le sepultaban, y haber visto con sus ojos mortales los cielos abiertos y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios; los fieles de Cristo, lanzados por la persecución lejos de su ciudad, como centellas de un único fuego, encendían nuevas llamas por doquier. En la luz divina de aquel incendio debía arder Saulo, para que renaciera Pablo.

Y un día, un ángel del Señor aparecióse a Felipe, uno de los diáconos; la función para la que él, como sus colegas, había sido elegido, consistía más en administrar la caridad, que en propagar la fe y evangelizar a las gentes; pero, hombre lleno de Espíritu y de sabiduría, ayudaba, en las estrecheces de la persecución, a los apóstoles, y estaba justamente entonces predicando a Jesucristo crucificado y resucitado, y hacía

milagros en Sama- ría, que daban gran alegría a la ciudad.

El ángel le dijo:

—Alzate y ve en dirección al mediodía, por la calzada desierta que desciende de Jerusalén a Gaza.

1

Felipe partió sin vacilar. Llegado a la calzada desierta, miró en torno suyo, para buscar la razón de haber ido allá, y vio un carro, que avanzaba lentamente del lado de Jerusalén; un carro, que por su aspecto debía de llevar a un gran personaje.

La voz que ya le había dado órdenes, le dijo de nuevo:

—Apresúrate y alcanza el carro.

Felipe corrió: en el carro viajaba un hombre moreno y cespudo, un etíope ricamente vestido, sin duda un poderoso, un familiar de la reina de Etiopía, el cual tenía ante sí un rollo abierto y leía; escuchó: leía la Escritura; era un etíope judaizante, un adepto de aquella religión, que según la leyenda, había llevado la reina de Saba a Etiopía de su visita a Salomón, y el cual había estado en Jerusalén, para adorar al Señor en el Templo.

El diácono se aproximó y, posando la mano en el carro junto al viajero, le interrumpió osado preguntándole:

¿Comprendes lo que lees?

Pero el etíope respondió:

—No lo puedo comprender, si nadie me lo explica. Si tú puedes hacerlo, sube conmigo al carro y leamos juntos.

Felipe subió y, sentándose junto al viajero, leyó el folio desenrollado en la profecía de Isaías, de la que se mostraba el siguiente pasaje:

«Lleváronlo al matadero como una oveja e, indefenso como un cordero ante quien lo va a

trasquilar, tampoco él abrió la boca. Objeto de atropello, negósele justicia. Y ¿quién contará su historia, una vez que su vida ha sido extirpada de sobre la tierra?».

Cuando hubieron acabado de leer, preguntó el etíope:

Dime, por favor: ¿de quién habla el profeta? ¿De sí mismo o de otro?

Donde el etíope nada barruntaba, veía el diácono la descripción, predicha por el profeta, de la pasión y muerte del Salvador, con la clara alusión a su silencio sublime en el sinedrio y en el pretorio. Y comenzó a hablar, partiendo de aquel pasaje, de la vida y de la muerte terrenal de su Señor, expuso su doctrina, refirió sus milagros y exaltó su resurrección suprema. El etíope escuchaba: el vehículo rodaba lentamente por la calzada desierta, que las inflamadas palabras del diálogo poblaban de visiones ultraterrenas.

Llegaron junto a una fuente: el viajero, ya convencido, paró y dijo:

¡Agua! ¿Quién me impide bautizarme?

—Si crees de todo corazón, nadie.

Y el etíope testimonió entonces claramente su fe diciendo:

Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.

Descendieron, pues, del carro y, metiéndose en el agua, Felipe lo bautizó. Una vez fuera, el Espíritu arrebató súbitamente al diácono, el cual desapareció.

El familiar de la reina de Etiopía, atónito, reemprendió el viaje y regresó a su patria.

* * *

Pasaron tres siglos y se olvidó el primitivo cristianismo.

Etiopía floreció bajo la guía de la gloriosa dinastía Axumita; los reyes de Axum no sólo habían reunido bajo su soberanía la Etiopía

septentrional, sino que tendían a extenderse hacia la península árabe, para llegar más tarde a conquistar el Yemen; emporios comerciales, en los que se daban cita todas las poblaciones del Oriente, surgían a lo largo de la costa y en el interior, favoreciendo los intercambios con países cercanos y remotos.

Una embarcación, atracada en los parajes de la rica ciudad de Adulis, en el golfo de Zula, fue un día asaltada por los habitantes, quienes degollaron a todos los tripulantes y llevaron a dos jóvenes pasajeros, Frumencio y Edesio, ante el rey de Axum, El-la Amida.

Este los retuvo como esclavos, pero asignándoselos como compañeros a su hijo Edsana, con el cual crecieron como camaradas en el juego y en la vida libre y simple de los bárbaros.

Los dos jóvenes eran cristianos y procedían de Tiro; el rey El-la Amida dioles, a la hora de su muerte, la libertad y los dos jóvenes pidieron permiso para marcharse; pero habían alcanzado ya un puesto tan importante en la corte, por su bondad y superior cultura, que la viuda del rey quiso se quedasen, hasta que el joven Edsana estuviese en edad de poder subir al trono de su padre.

Frumencio y Edesio se quedaron, tuvieron más de un cargo importante, y de cristianos fervientes, se hicieron apóstoles de su religión, logrando para ella la tolerancia, más tarde el respeto, finalmente, con el establecimiento de mercaderes cristianos, un puesto privilegiado. El cristianismo comenzó a mostrarse a los bárbaros como una religión superior.

Con la mayoría de edad y ascenso al trono de Edsana, Frumencio y Edesio, que fomentaban la vocación eclesiástica, consiguieron abandonar Etiopía.

Edesio volvió a Tiro, donde se ordenó de sacerdote; Frumencio (*Fremanatos*), por el contrario, fue a Alejandría, de donde le había llegado la fama del obispo Atanasio, defensor intrépido de la verdad católica y de la supremacía de la sede romana.

Frumencio habló con Atanasio y le propuso la idea de enviar un obispo al reino axumita, que parecía bien dispuesto hacia el cristianismo. Reunido un sínodo, coincidieron los padres en declarar que el mismo Frumencio era la persona más apta para llevar a cabo una obra tan oportuna, por lo que habiéndole consagrado obispo, enviaronle de vuelta a Axum.

Las proclamas y milagros del santo pastor cosecharon en breve tiempo grandes frutos: el rey Edsana recibió el bautismo, juntamente con su hermano, y el reino axumita dispúsose a hacerse cristiano; inscripciones y monedas del tiempo demuestran que la religión católica se había hecho oficial; los historiadores dicen que los conversos constituían multitud.

Frumencio, adicto a Atanasio, incurrió con él en la desgracia del emperador de Bizancio, quien escribió a Edsana para que lo entregara al patriarca hereje Jorge, el cual había usurpado la sede de Alejandría, expulsando de ella a Atanasio; pero Edsana, aunque amigo de Bizancio, pues con él hacía causa común contra el imperio sasánida, que le disputaba Arabia, resistió; la carta del emperador Constancio fue enviada a Atanasio, quien la insertó en una de sus famosas apologías.

El obispo de los etíopes prosiguió sin ser molestado la guía de su rebaño hasta que murió; primer gran evangelizador de Etiopía, tuvo por nombre abba Salama, que significa «portador de luz» o «de paz».

Un siglo después de su muerte, la iglesia de Alejandría y con ella la de Etiopía, dependiente de aquella, cayeron en la herejía monofisita; más tarde aún, la conquista musulmana, cerrando el camino, primero por el norte y el este, y después también por el mediodía y el oeste, rodeaba a Abisinia de un cerco, que había de impedirle durante siglos las relaciones con el resto del mundo. Su vida cristiana tuvo aún períodos de florecimiento; después decayó lentamente.

Pasaron aún más de mil años tras la muerte de Frumencio; y cuando los reyes abisinios se vieron ya impotentes para continuar la lucha

secular contra la opresión musulmana, volviéronse al papa, haciendo un gesto de sumisión, y a Portugal, con cuya ayuda habían truncado años antes una gran ofensiva musulmana. Llegaron los portugueses y la compañía de Jesús, con fuerzas frescas y pronta siempre ante la voz del papa, mandó, a mediados del siglo XVI, un grupo de padres que, aun entre no pocas dificultades, iniciaron un poderoso trabajo, según el método misionero jesuita, es decir, religioso, civil y científico simultáneamente. El empeño de la Compañía fue tal, que san Ignacio, no pudiendo ir personalmente a Etiopía, por habérselo prohibido el papa, escribió una carta en latín al emperador de los abisinios, en la que defendía el primado del papa.

Los frutos se recogieron con bastante rapidez, pero duraron poco: si en lo científico echaron los misioneros los fundamentos del conocimiento moderno de Etiopía en Europa, en lo religioso obtuvieron tan solo un éxito pasajero: el negus Susinnyos (*Sisinio*) se convirtió ciertamente e impuso a todos sus súbditos la fe romana, pero los sacerdotes herejes y enemigos suyos se rebelaron obligándole a abdicar. Su sucesor Fasilidas (*Basíledes*) devolvió Etiopía al cisma, expulsó a los jesuitas, quemó sus libros.

Una invasión de *gal-la* amenazó con destruir todo signo de civilización, y destruyó efectivamente todos los numerosos y célebres conventos de Amhara. Otras misiones católicas intentaron implantarse desde Egipto. Mas fueron siempre rechazadas.

La iglesia etíope, nuevamente encerrada en sí misma, siguió desgarrándose en luchas doctrinales, complicadas por las políticas, por la ingerencia del negus y por las continuas guerras de los diversos jefes unos con otros, y de todos contra los invasores.

Tres misioneros franciscanos, que intentaron penetrar en Abisinia a principios del siglo XVII, fueron condenados y apedreados.

Roma con todo no cesó jamás de ocuparse de Etiopía, pero los intentos cayeron en el vacío, aun el llevado a cabo por un sacerdote etíope,

Jorge Egziabeher (*Señor de la tierra*), ordenado en Roma según el rito bizantino y enviado a Etiopía en 1788; fue ejecutado en el acto.

Parecía pues que el solo y único reino cristiano del Africa fuera impenetrable, cerrado a la verdad católica, cuando la providencia dispuso las cosas de suerte que de la obra de un misionero, generoso pero desatinado, naciese la nueva y duradera misión. Este misionero fue, como ya se ha insinuado, el padre Giuseppe Sapeto, joven vicenciano ligur, quien en un determinado momento, por propia iniciativa y sin permiso de los superiores, había abandonado la misión de Siria, en la que se encontraba y donde había aprendido correctamente el árabe, para ir a El Cairo, con la intención de pasar más tarde a Abisinia; sabía bien que arriesgaba la vida, pero a los veintiséis años y lleno de ardor apostólico, no calculaba el peligro. Pero solo, sin medios ni apoyo, no hubiera podido llevar a cabo su audaz designio, si justamente en El Cairo, a fines de 1837, no hubiera conocido a dos jóvenes exploradores francoirlandeses, los hermanos Antonio y Arnaldo D'Abbadie, que estaban a punto de trasladarse a Etiopía por razones de estudio. Uniéronseles y, como hemos dicho, su audacia fue premiada: en poco tiempo consiguió estrechar lazos cordiales con el clero de Adua, celebrar allí la misa y hasta obtener declaraciones de obsequio al papa.

Las noticias de estos sucesos y de los horizontes que parecían abrirse, mandadas una y otra vez a Roma por Sapeto, impulsaron a «Propaganda Fide» a examinar la posibilidad de regularizar la misión, abierta de modo tan imprudente y desordenado por Sapeto, poniendo al frente una persona de la que se pudiera uno fiar plenamente. La visita a Nápoles y la impresión producida por el padre De Jacobis persuadieron luego al cardenal Frasoni, de que el superior de «i Vergini» era el hombre apto, de suerte que el 8 de noviembre de 1838 escribió al padre Giovanni Battista Nozò, superior general de los lazaristas, proponiéndose a este «sujeto verdaderamente digno» para el nombramiento de «prefecto apostólico». Las «prefecturas apostólicas». En el ordenamiento de la iglesia católica, constituyen el primer paso en la

organización de la jerarquía eclesiástica en un territorio de misión, y son por consiguiente gobernadas por un «prefecto apostólico», generalmente no marcado con el carácter episcopal; cuando más tarde la misión progresa y tiene [éxito](#). La prefectura se eleva al grado de «vicariato apostólico» con un obispo al frente: si el vicariato prospera aun, se erige en diócesis, se tiene así la constitución de la jerarquía eclesiástica local entre el clero indígena o «autóctono», como se prefiere decir ahora. Comenzaba pues la moderna misión católica en Etiopía.

Los superiores de la Congregación de la Misión no pensaban quizá en asumir entonces una nueva obra, pero habiéndoseles salido en cierto modo al paso y puesto ante el hecho consumado, aceptaron el 30 de noviembre de 1838; las circunstancias en que se hizo esta aceptación explican la frialdad, con que en los primeros años se miró desde París una obra, que parecía mal comenzada; correspondió a De Jacobis demostrar, bien al contrario, que justamente aquella era la voluntad de Dios, y que él sabe escribir derecho aun con líneas torcidas.

Viaje por mar

Como hemos dicho, De Jacobis había experimentado, ante la propuesta de asumir la dirección de la nueva misión etiópica, una sensación de íntimo gozo: ir a tierras de misión era un antiguo sueño suyo, al que ahora, a los treinta y ocho años, temía haber de renunciar. Había llegado a saber, que se le nombraba ya como candidato a la dignidad episcopal, y aunque hubiese determinado poner toda especie de dificultades, comprendía no habría de rehusar por siempre; amaba a su Congregación, a su tierra natal de Lucania y al reino en el que trabajaba, pero tenía igualmente la certeza de que solamente en los últimos confines del catolicismo estaba su verdadero puesto.

La oferta venía pues oportunamente y él la aceptó, salva la aprobación de los superiores; ésta, sin embargo, tan clara y hasta insistente por parte de «Propaganda», era más bien reticente por parte de París. En enero de 1839

se le llamó a Roma, para llegar a los debidos acuerdos y prepararse a la partida, y él pensó que precisaba ir también a París, para esclarecer cualquier duda y malentendido.

Le apenaba la idea de hacer cosa alguna que no agradara a sus superiores; con anterioridad había escrito a un cohermano exponiéndole su tormento.

«Un misionero que lleva veinte años en la Congregación, que ama a la Congregación como a una madre, que venera y ama como a un padre al superior general, imagínate el dolor que ha de sentir, cuando oiga que se le dice: que irá al último confín del Africa, porque lo pide Propaganda, y que se le cede a Propaganda, por no oponerse a órdenes tan respetables...».

Parecíale haber sido desterrado de su familia religiosa, pensamiento que no podía soportar.

En este estado de ánimo partió el 4 de febrero para Roma y París.

Su partida ocasionó conmoción, pero él cortó por lo sano las tentativas que se hacían en Nápoles para que se quedase.

Quienes más lo sintieron y lo sintieron mucho, fueron aquellos a los que había prodigado su asistencia espiritual; tenemos un ejemplo en las presiones hechas por la marquesa Dell'Antoglietta sobre el padre Spaccapietra, para que éste interviniese y le obligara a quedarse; pero la respuesta de Spaccapietra fue terminante:

«Cree por ventura —respondió a la respetable señora— que he permanecido insensible a la partida de mi viejo amigo De Jacobis hasta el punto de que, si dependiera de mí el desviarle, me hubiese quedado con las manos en los bolsillos? ¡No! Sino que Dios lo ha querido. Va en pos de los grandes apóstoles, dejando en nuestro espíritu la admiración. Ni el señor Fiorillo ni el superior general han tenido parte alguna en esta determinación».

Y, tras aludir al hecho de que había sido el cardenal Frasoni, quien había hecho la elección, añadía:

«He aquí los decretos del cielo... Yo no me sé explicar tan felices pronósticos, sin recurrir a aquella mano omnipotente, que quiere hacer de él un santo. Eso no impide, sin embargo, que sienta un dolor muy amargo al verme obligado a separarme de él. El Señor lo ha querido. ¡Ita Pater! Hágase su voluntad. Esa es la mejor respuesta».

Ni siquiera por los asuntos de su familia se interesó entonces gran cosa. Dichos asuntos consistían en un pleito «que amenazaba al miserable avance en la propiedad» de su familia, según escribió en una carta; pleito que aparentemente logró componer, pues podía escribir más tarde que «nada había que temer». De Jacobis tenía también un patrimonio suyo personal, con el cual se había ordenado, y del que tampoco creyó oportuno disponer a su salida de Nápoles, tal vez por no considerar ésta como definitiva, dadas las dificultades que ya sabemos por parte de sus superiores. Dispuso de él en cambio —anticipemos ya el dato— en 1841, con ocasión de su viaje a Roma, acompañando a la delegación abisinia; pidió entonces, que se desligase el pequeño patrimonio del vínculo que lo ligaba a su ordenación, sustituyéndoselo por el *titulo missionis*; el papa concedió la renuncia, y seguidamente el pequeño patrimonio fue a parar con toda probabilidad a los parientes, quienes, como sabemos, lo necesitaban.

En la diligencia de postas hizo el viaje de Nápoles a Roma y se presentó al cardenal Frasoni; púsose de acuerdo con él, pero insistió en ir a París: acuciábale entre otras cosas la idea de rezar en San Lázaro ante la tumba de san Vicente de Paúl.

Púsole entonces el cardenal en relación con una embajada etíope que, junto con Antonio D'Abbadie, se encontraba aquellos días en Roma, y tenía que ir a París; puestos a hacer el viaje, mejor era hacerlo juntos.

De Jacobis creyó ver en esto una ayuda de la Providencia: los dos sacerdotes abisinos y su

criado, que circulaban por Roma envueltos en sus *schammá*, con el gran bonete de lana y descalzos, podían ser para otros motivo de curiosidad; para él eran objeto de atención, porque representaban a Abisinia.

Con las diligencias del cardenal prefecto, se aligeraron también los trámites necesarios para emprender un viaje tan largo, se halló el cochero que había de conducirlos a Civitavecchia y la embarcación que los llevaría después a Marsella.

Hacia fines de febrero de 1839 partió el grupo. El viaje avanzaba con lentitud a través de los campos romanos, cuajados de nieve y de charcas, y sumergidos en la niebla. Ni siquiera el paisaje se brindaba como tema para esas conversaciones tan comunes, que suelen entablar los viajeros, cuando saben que han de pasar bastante tiempo juntos.

Pero el misionero estaba demasiado ansioso de noticias, como para dejar transcurrir un tiempo tan precioso, y apenas estuvieron acomodados los pasajeros, cada cual bien arrellanado en su asiento, cubierto cada cual según su condición, para defenderse del frío, comenzó aquél a dirigir preguntas a D'Abbadie, y por mediación de éste a los abisinios.

El francés, quien se mostraba hombre de gran cultura, le relató cómo había ido a Abisinia para estudiar la geografía, filología e historia etíopes, ciencias en las que a todas luces se destacaba; en Abisinia había además algunos otros europeos por razones de estudio. Tenía consigo a su hermano Arnaldo, quien estudiaba las costumbres locales y cuyos vínculos de amistad con los jefes del país eran tales, que había adoptado los hábitos abisinios, y se le llamaba comúnmente *ras Micael*.

El misionero se apercibió de que también Antonio D'Abbadie era hombre de vida cristiana sin tacha y del todo entregado a sus estudios, pero su misión era aquella vez principalmente política.

—Los abisinios, decía, vienen a París para pedir al rey Luis Felipe, intervenga diplomática y militarmente cerca del virrey de Egipto, quien

ya ha conquistado las provincias del Sennaar y amenaza la de Amhara. Como ha ocurrido más de una vez en el pasado, los *ras* locales han decidido pedir ayuda a algún poderoso soberano europeo, y hacer al mismo tiempo un gesto de homenaje al papa, para conseguir su eventual apoyo. En Roma han logrado ya este fin; veamos ahora qué ocurre en París.

De Jacobis comprendió muy pronto, que D'Abbadie trataba de inducir a los abisinios a cifrar todos sus esperanzas en el rey de Francia; que éstos le secundaban de grado, y que aun el homenaje al papa había sido más que nada dictado por el deseo de obtener protección: las puertas de Abisinia, pues, no estaban tan abiertas a su misión como parecía.

Cuando llegaron a Civitavecchia, los viajeros la hallaron muy movida; desde que el vapor había hecho la navegación más fácil y cómoda, los americanos y los ingleses se habían lanzado al descubrimiento de Italia, y Roma y Florencia eran las ciudades más visitadas. Civitavecchia era la única escala de verdadera importancia a lo largo de la costa tirrena de los estados pontificios, y el papa Gregorio XVI, continuando la obra de sus predecesores, que habían embellecido mucho la antigua ciudad, asociada al nombre del emperador Trajano, estaba haciendo levantar un teatro y varios monumentos.

Por las calles de la ciudad, se tropezaban con grupos de viajeros, que andaban en busca de la belleza romántica o de los recuerdos clásicos; sobre las calas del puerto, a la sombra de las fortificaciones de Urbano VIII, pasaban grupos de galeotes, que se ocupaban de trabajos rudos; en el agua, entre las vastas moles curvas, que defienden el bello puerto circular, comenzaban a mezclarse con las blandas líneas de los veleros, las más duras de los vapores, y los penachos de humo se arrebuaban en torno a las velas, mientras que jarcias y palos daban al paisaje aspectos nuevos.

Hechos los debidos trámites, los viajeros se embarcaron. No tenían a su disposición el famoso «*Great Western*», apodado «la ciudad flotante», prodigio de la ingeniería naval del tiempo, que había hecho un año antes la

travesía de Bristol a Nueva York en dieciocho días; ni les esperaba su competidor el «*Sirius*», que había ido por el mismo tiempo de Irlanda a Estados Unidos con pareja rapidez: ellos contaban con una embarcación mucho más modesta, pero en la que se instalaron bastante cómodamente.

Para el misionero, que no estaba avezado a tales viajes, el bienestar duró poco: un par de horas apenas después de la partida, el mareo lo había reducido a lamentable estado; vio con regocijo aproximarse las costas del gran ducado de Toscana y el puerto de Livorno, donde se demorarían algunas horas. No bien le fue posible, saltó a tierra para recitar el breviario, y buscó sin vacilar asilo en la catedral. De Livorno, que estaba en pleno hormigueo comercial (8 ó 10 mil de sus 80.000 habitantes eran judíos), no vio nada.

Vuelto a bordo, rehusó el alimento durante el resto del viaje, permaneciendo extendido sobre su yacija hasta Marsella, adonde llegó con el estómago revuelto.

Desembarcó finalmente en aquel mismo trozo de playa, entre la Virgen de la Guardia y la abadía de San Víctor, en el que atracaban un tiempo las embarcaciones fenicias, las naves egipcias, las trirremes romanas, donde atracó también Lázaro, el resucitado de Betania, que junto con las santas Marías, en una barca empujada por las olas, sin remos ni velas, había de llevar a aquella costa el cristianismo y arrostrar la segunda muerte.

Viaje por tierra

Desde Marsella el viaje continuó, parte en diligencia de postas, parte por vía fluvial; pero no eran ya de temer las marejadas. Las barcas se deslizaban tranquilas por los ríos o por los numerosos canales que unían a éstos, las más de las veces tiradas por caballos que avanzaban por las bajas márgenes. Pasó por Aviñón, la antigua ciudad papal, y se detuvo algunos días en Lión, célebre por sus concilios, conociendo allí al padre Poussou, su cohermano, regresado de la misión de Siria, quien en espera de volver allá, llevaba una larga barba y vestía a la oriental. Durante la demora, tomó parte con

D'Abbadie en una reunión de la «Obra para la Propagación de la Fe», convocada justamente para ellos; D'Abbadie conmovió a todo el mundo con el relato de sus aventuras en Etiopía y la enumeración de las posibilidades que se manifestaban para la nueva misión; De Jacobis conoció al consejo, y recibió de él una gran impresión.

El 12 ó 13 de marzo estuvo finalmente en París, y el que venía de Nápoles, donde se decía que todo el mundo cantaba, se apercibió de que allí verdaderamente todo el mundo reía. Las primeras vías férreas, los barcos a vapor, la luz de gas, las máquinas, todo constituía un negocio o una diversión, antes que un servicio a la sociedad. Hasta Luis Felipe enseñaba que la política «es un negocio que da óptimos frutos a quien sepa manejarlo hábilmente»: a fuerza de considerar todo como un negocio o una diversión, esta sociedad llegó riendo al 48, y la sorpresa fue trágica.

Pero en el 39 era aún demasiado temprano para apercibirse de ello, y por lo demás, el misionero tenía otras preocupaciones en la cabeza. Apenas llegado a París, corrió a San Lázaro, donde fue recibido afablemente por el padre Juan Bautista Etienne, ecónomo general de la Congregación, y por el superior general, padre Nozó. En especial con el padre Etienne, no fue difícil entenderse; Etienne era un joven y enérgico lorenés, ya entonces muy conocido por la actividad desplegada en llevar a un nuevo florecimiento a las dos congregaciones hermanas, de los padres de la Misión y de las Hijas de la Caridad, devastadas por la revolución.

Sustancialmente, los superiores mostraron aprecio por la delicadeza del modo de proceder de De Jacobis y por su natural bondad; admiraron su experiencia en el ministerio sacerdotal y la pasión con que hablaba de la misión etíope, y quedaron en suma «perfumados por el aroma de su virtud», como escribió el mismo Etienne poco después al procurador de la Congregación cerca de la Santa Sede.

El misionero se apercibió por cierto, de que sus dudas no carecían de fundamento; algo había en el aire, y se había hecho algún juicio poco benévolo; pero nadie le habló de ello explícitamente, como reprochándole nada, y su estancia en San Lázaro bastó para disipar todas las sospechas. Los superiores le comunicaron, que harían todo lo posible para secundar su labor y crear las condiciones de que hiciera el bien. Y él quedó muy contento del viaje.

Rezó fervorosamente a san Vicente de Paúl junto a la tumba de éste en San Lázaro, y el 4 de abril partió en dirección a Roma, cargado de libros y de esperanzas, decidido esta vez a hacer el viaje por tierra; las etapas eran Turín y Génova.

Hallado el cochero, firmó los contratos, que se extendieron según costumbre, en forma de cláusulas en doble copia, firmadas y selladas, que establecían todas las condiciones de viaje, comida y albergue, pues los cocheros de entonces eran personas poco confiadas; y partió.

El viaje de vuelta no transcurrió con mayor velocidad que el de ida, o sea, pocas millas por hora, aun cuando corriesen los caballos con gran estruendo de cascabeles y retemblor de cristales. Las noches se hacían en posadas, que eran mansiones antiguas, y ahora estaban reducidas a estaciones de postas, unas veces, y otras poco más que establos. De día, los viajeros se apeaban a comer en los mesones, grandes recintos con la cuba de vino en un ángulo y las vejigas llenas de manteca colgadas de la ventana; los hospederos eran rapaces, las comidas frecuentemente repulsivas, las camas tan duras, que impedían el sueño; pero el misionero pensaba en Etiopía, se representaba la vida que allí habría de llevar, y este cotejo hacía que todo le pareciera bueno y hermoso.

Pese a que los viajeros contaban episodios de salteadores, ningún incidente de este género hubo durante el viaje.

En las paradas los viajeros daban y recibían noticias, especialmente las que no aparecían en los «monitores» y las «gacetas», siempre demasiado parcos. Llegado a Italia, el

misionero no tardó en apercibirse, de que bajo las cenizas de la aparente calma, se incubaba un fuego de rebelión, que estallaría más tarde o más temprano.

En el reino de Cerdeña oyó comentarios tan atrevidos, que sonaron del todo temerarios en los oídos de un súbdito del rey Fernando. Se aludía a la «Cuestión de Oriente» como a aquella que enfrentara a Austria y a Francia. y forzara a Carlos Alberto a adoptar una posición.

En Toscana todo parecía en calma y hasta soñoliento, pero la amplitud de gobierno del Gran Duque Leopoldo no aseguraba a éste el trono más de cuanto se lo asegurase a otros soberanos la represión.

Aun en el estado pontificio criticaban los «liberales» a Gregorio XVI, quien había sido monje camaldulense, y era muy rígido consigo mismo y con los demás; considerábanlo enemigo de todo progreso.

El misionero, que hasta entonces se había contentado con escuchar, comenzó ahora a responder, y no le faltaron argumentos para defender la obra del papa y del cardenal secretario de estado, que era Lambruschini

—El papa, decía a sus oponentes, no es ese hombre retrógrado que creéis; si condenó el liberalismo, defendió sin embargo la verdadera libertad humana en su encíclica contra la esclavitud; decís que no puede sufrir las vías férreas: pero fue el primero que inauguró los barcos a vapor del Tíber. En todas las espinosas cuestiones de este tiempo, la guerra de España, la lucha entre católicos y protestantes suizos, la cuestión religiosa en Francia, la de los matrimonios mixtos en Alemania, la controversia en torno a las relaciones entre Iglesia y Estado en Italia, el antiguo general de los camaldulenses demuestra ser un buen diplomático y sabio administrador.

El 26 de abril había regresado a Roma.

El cardenal Fransoni lo recibió de inmediato, y habiéndose hecho relatar el viaje y su favorable curso, entregó el decreto, por el que la congregación de «Propaganda Fide» creaba la

«Prefectura Apostólica de Abisinia, Alta Etiopía y regiones limítrofes, sin límites al occidente ni al mediodía», y nombraba prefecto apostólico a Justino De Jacobis, sacerdote de la Misión. Asignábasele como compañeros en tan vasta obra de evangelización, sus cohermanos Luigi Montuori y Giuseppe Sapeto, éste, como sabemos, ya en Etiopía, el otro ocupado de momento en el aprendizaje del árabe, en la casa de la Congregación en Montecitorio.

Siendo él de hechura muy diferente de la de Sapeto, insistió cerca de «Propaganda» en tener amplias facultades y medios suficientes, de suerte que pudiera presentarse en Abisinia dando a manos llenas; entre tanto recibió de París el pasaporte francés, que era una buena garantía en Africa, una carta de recomendación para el cónsul de Francia en Alejandría, una ayuda de 200 escudos, muchos libros de gran utilidad y una presentación para algunos religiosos de El Cairo.

Las instrucciones que De Jacobis recibió de «Propaganda», fueron: esperar en Egipto a D'Abbadie para intentar entrar con él en Abisinia; encontrar un sacerdote católico copto que pudiese guiarle en los primeros tiempos; establecer la residencia en Adén, en el Mar Rojo, en la extremidad de la península árabe, frente por frente de la costa abisinia. Como Adén, que hasta entonces había pertenecido a los turcos o bien a los árabes, había sido ocupada por los ingleses justo en aquel año, De Jacobis escribió a Etienne a París, que le procurara una carta de recomendación del gobierno inglés; evidentemente, esta última directiva hubiera valido en caso de no haber los misioneros podido entrar en Etiopía; pero como se verá, no fue precisa.

Mientras tanto, «Propaganda» proveía también a la necesidad de advertir a Sapeto de la llegada de los nuevos misioneros, enviándole asimismo recursos para que les pudiese atender con tranquilidad.

De Jacobis y sus compañeros manifestaron el deseo de permanecer en Roma, para asistir a algunas solemnes ceremonias, que estaban a punto de tener lugar en San Pedro: junto con dos misioneros franceses que salían con ellos

hacia Siria, fueron recibidos en audiencia por el papa Gregorio XVI, y le rogaron poder permanecer en Roma hasta finales de mayo; pero el papa no quiso: pidió que renunciasen a su deseo y los despidió diciendo:

—Hijos míos, fiestas más bellas que éstas vais a ver a su tiempo en el paraíso; ahora partid. Os acompaña mi bendición.

Y les bendijo «como a sacerdotes por él enviados a Etiopía».

Nada más que obedecer se podía; De Jacobis y Montuori, con libros y equipajes, junto con los dos cohermanos franceses que iban a Oriente —el padre Marco Antonio Poussou, prefecto apostólico de las misiones lazaristas en Siria, el padre Reygasse y el hermano Martin— salieron de Roma y se embarcaron en Civitavecchia en el vapor francés *Sesostris*: era el 24 de mayo de 1839, fiesta de Nuestra Señora *auxilium christianorum*.

Un cementerio de camellos

Poco después de la partida el tiempo se puso feo, y el capitán se trazó una ruta desahogada que le permitiera doblar Sicilia; la embarcación sostenía bien el oleaje; los viajeros tuvieron poco que sufrir, excepto De Jacobis, quien, como sabemos toleraba mal la mar.

Los dos franceses, que no era la primera vez que navegaban, se acomodaron pronto a bordo, mientras que De Jacobis permaneció un rato con Montuori, recostado sobre popa, contemplando la línea de tierra, que se iba confundiendo con el horizonte. Una vez calmada la agitación de los preparativos, el misionero se dejó apoderar, con cierta complacencia dolorosa, de los recuerdos, y vio de nuevo San Fele, su pueblo natal, bien recogido entre dos montes, en torno al campanario, repasó la obra serena y cotidiana, desarrollada en la casa de «i Vergini», de Nápoles, y la campana de a bordo le recordó aquella otra, que a la misma hora convocaba a sus cohermanos al servicio divino.

Sintió entonces con agudeza el valor de todo cuanto dejaba en la patria: el apostolado entre

la población fiel, el ministerio entre cohermanos piadosos, la docencia entre alumnos aplicados; Africa le parecía inmensamente lejana y desierta.

Pero fue un instante, y se recobró pensando:

—El porvenir está en manos del Señor; también yo estoy en sus manos; haga conmigo según su voluntad.

A los dos días de navegación el barco avistó Malta.

En La Valetta estaba demasiado fresco aún el recuerdo de los caballeros expulsados por Napoleón, cuarenta años antes, como para que los misioneros no desearan visitar las tumbas de los grandes maestros de la orden, y celebrar la misa en la catedral de San Juan.

Bajando pues a tierra muy de mañana, se dirigieron a la bella catedral. Los dos franceses y Montuori celebraron de inmediato, y fueron a dar una vuelta por la ciudad: quedó De Jacobis, quien atribuía un gran significado propiciatorio a esta primera misa, celebrada de camino hacia su misión.

Cuando los tres compañeros volvían hacia la iglesia, se vieron detenidos por algunos isleños, que les dijeron:

—Ese compañero vuestro que ha dicho misa en San Juan, es un santo, ¿lo sabéis? Hemos visto sobre el altar, desde la elevación a la comunión, al Niño Jesús.

Poussou y Montuori no dieron importancia a la cosa; en cambio Reygasse, que había aprovechado la parada para escribir a los cohermanos de Siria anunciándoles su próxima llegada, aludió al hecho, por lo que quedó memoria de él.

Antes de partir, los misioneros recibieron una mala noticia: en Alejandría de Egipto, adonde había que dirigirse, se había declarado un estallido de peste: los dos franceses continuaron a pesar de todo; los dos italianos no quisieron inútilmente arrostrar el peligro, y decidieron desviarse, por lo que, pasando entre Creta y

Morea, se detuvieron en Naxos, en las Cícladas, donde había una casa de la Congregación.

Allí se entretuvieron un mes, y cuando tuvieron noticias de Alejandría de Egipto, de que peste en realidad no había, navegaron hacia Egipto.

Este retraso valió al misionero un aviso de París, verdaderamente poco justificado puesto que es claro hubiese sido del todo inútil arrostrar la peste sin algún motivo serio; que la noticia de la peste fuese exagerada, no podían saberlo ellos.

El 4 de julio llegaron a Alejandría, donde un jenízaro del consulado francés salió a su encuentro, librándoles del asedio de mozos árabes, que se disputaban el equipaje. Formóse un pequeño cortejo, compuesto por el jenízaro, que iba delante montado en un asno, algunos camellos cargados de bultos y finalmente los misioneros a caballo. De esa guisa se dirigieron primero al consulado francés, y después al convento de Tierra Santa, donde se alojaron.

En todas partes se les acogió con mucha cortesía, y pudieron ordenar debidamente el equipaje, en el que metieron también algunas herramientas para los artesanos y simientes para los campesinos; según indicación de todos, hubieron de dejar prudentemente los hábitos eclesiásticos, y adoptar el traje civil. De Jacobis pudo también recibir un fondo de 6.000 francos para la misión.

Para ir a El Cairo, dada la pobreza de comunicaciones, tenían con todo que escoger: en camello, o bien atravesar en barca el delta del Nilo por el canal de Mohamed Alí. Ni uno ni otro medio era cómodo, pero los viajeros escogieron este último; el canal era una gran obra, digna del antiguo Egipto hasta por los sacrificios que había costado; decíase en efecto que habían perdido allí la vida veinte mil *fellahim*, extenuados por el trabajo.

Un bote fletado en Alejandría les llevó en cinco días a El Cairo, donde según las órdenes que habían recibido en Roma, tenían que detenerse y esperar a Antonio D'Abbadie.

El Cairo no ofrecía gran cosa de interés, especialmente para quien se sentía llamado a otra parte; los viajeros vieron el árbol, bajo el que según la tradición se había refugiado la Virgen durante la huida a Egipto, los institutos religiosos católicos, las mezquitas de elevadísimos minaretes, los baños públicos, fastuosamente pintados aun al exterior, y demás monumentos de la antigua *Masr-el-Kahira*.

Para conocer a los habitantes iban con frecuencia al mercado, que ofrecía la más grande variedad de aspectos.

El mercado era una amplia plaza rodeada de soportales para empleo de los vendedores; había árabes graves y melancólicos, beduinos seguros y vivaces, pequeños judíos de barba muy negra, altos nubios medio desnudos; todos estaban en cuclillas por el suelo o encima de sus esteras, ocupados en vender o en tejer cestas de fibra de palmera; una variada multitud, en la que no faltaban los europeos, hormigueaba en la plaza o bajo los soportales, mezclando colores y hablas; se estipulaban contratas, estallaban riñas, que los soldados del virrey, circulando armados de largas lanzas, disolvían. Llegaban las caravanas del interior; salían peregrinaciones para La Meca. Todas las lenguas y dialectos del Africa septentrional se entrelazaban en un alto clamoreo, en el que los viajeros apenas distinguían los vocablos árabes aprendidos en Roma y durante el viaje.

Llevábase a cabo también bastante al descubierto el comercio de esclavos, prohibido absolutamente por la ley, pero tolerado, si no explotado, por los gobiernos musulmanes. Un día, por cierto, vieron los viajeros a un obeso mercader musulmán, reclinado sobre una abigarrada alfombra, que exponía a la venta a algunas jovencitas abisinias, y quedaron entristecidos al considerar el destino de aquellas desgraciadas.

—Hoy, dijo De Jacobis, es la fiesta de nuestro padre san Vicente, que fue vendido en Túnez como esclavo. ¿No sería hermoso comprar en su nombre a estas pobrecillas y enviarlas a Italia a que se eduquen?

—Sin duda, respondió Montuori, sería un buen modo de comenzar nuestra misión abisinia.

—Pero ¿quién sabe cómo se hacen esas compras?

Montuori se informó, luego fue donde el mercader a negociar la cosa: todo iba por buen camino, pero cuando el mercader musulmán se apercibió de que se trataba de vender a cristianos, rechazó tercamente los más ventajosos precios, y los misioneros, apenados, abandonaron el mercado.

Para hacer rendir al tiempo, los misioneros consintieron en predicar misiones al pueblo durante la novena de la Asunción, según se lo había pedido el padre Cherubino de Civezza, de los franciscanos de Tierra Santa; las misiones resultaron muy exitosas y —escribía el franciscano— «aun aquellos que nada comprenden se quedan sorprendidos de su celo»; De Jacobis dejó fama «de santo, de docto, de prudente, de hábil cultivador de la viña del Señor».

Lo único que no pudo conseguirse, fue un sacerdote católico que les acompañase.

La espera duró meses; cuando ya De Jacobis pensaba en partir, aun sin D'Abbadie (detenido en Francia por sus negocios), llegó una carta de Sapeto, comunicando que estaba enfermo sin asistencia en Adua; decía además, que las rutas de Abisinia estaban libres. En estas condiciones era del todo inútil aguardar más, como tampoco había razón para dirigirse a Adén: de suerte que el prefecto apostólico determinó salir. Entre tanto la misión se había adicionado un elemento precioso, el señor Derodes, que procedía de la misión de Siria, y era médico de gran reputación.

El 23 de agosto partió el grupo, guiado por un criado de los padres franceses, quien era un experto guía, con el fin de llegar a Cosseir, donde se embarcarían nuevamente hacia Massaua.

Este trayecto del viaje fue el más duro, a causa de la calurosísima estación, y por tener que hacer vida común con gentuza como la de los

barqueros del Nilo; pero los viajeros, que veían acercarse más y más su meta, estaban siempre contentos; al pasar junto a las pirámides, De Jacobis dijo a su compañero:

—Desde lo alto de esas pirámides, contemplan los cuarenta siglos a dos pobres misioneros que van tan solo fiados de la ayuda de Dios.

Los quince días de barca sobre el gran río egipcio hasta Qena, junto a la antigua Tebas, nada fueron en comparación de lo que siguió; para ir hasta la costa del Mar Rojo y embarcarse, precisaba atravesar a pie o a lomos de un camello una extensa depresión del desierto y alcanzar Cosseir.

Hacía un calor horrible, y al caminar sobre el suelo árido y ardiente, los misioneros padecían el tormento de la sed, que trataban de mitigar con la escasa y pésima agua de los odres. A mediodía y por la tarde, descansaban tendiéndose a la sombra del vientre de un camello: varias veces creyeron nunca llegar al fin de su viaje, cuando el sol lanzaba sus rayos verticales sobre la inmensa llanura, como sobre un mar de arena y los hombres caminaban en silencio, con la cabeza baja, como los condenados en el infierno de la Divina Comedia.

Sólo la gran majestad de la noche, bajo un cielo tachonado de todas sus estrellas, podía hacer olvidar el horror del día.

El prefecto escribía, cada vez que se hacía un alto, notas en su diario o cartas para enviar a Europa cuando fuese posible.

Un día exclamó Montuori:

—¡Esto es en realidad el cementerio de todos los camellos de Egipto! No se ve sino carroña.

El prefecto añadió sonriendo:

—Lo recordaremos cuando recopilemos un vocabulario árabe.

Finalmente pudieron saludar al mar con el cántico de Moisés: «Cantemus Domino gloriose...». Tras un alto de algunos días,

fletaron un bote, escogiendo el más resistente que pudieron hallar, y el 16 de septiembre zarparon, para atravesar el Mar Rojo.

Al principio reinó la calma; después, los vientos furiosos y las numerosas paradas en la costa hicieron que esta travesía se prolongara de manera inverosímil; al cabo de varias jornadas de navegación, llegaron a Yedda, importante ciudad de la costa asiática del Mar Rojo, y entonces centro del tráfico de bálsamo, que crece copiosamente en las alturas próximas a La Meca.

La última etapa los llevó a Dahlak, archipiélago de islas y escollos en número de doscientos, que cae frente a Massaua; en esta última parte del viaje, las tempestades tropicales hicieron varias veces peligrosa la navegación; escribía Montuori, que una vez, durante una de ellas, «preguntábamos totalmente agitados y temerosos al capitán árabe y a los marinos, y tanto el uno como los otros, como musulmanes y en consecuencia fatalistas, nos respondían con la pipa en la boca y con sangre fría: todo está determinado: si hemos de ir a pique, iremos, si no, no iremos». Pero los misioneros no se rindieron tan pronto: entonaron el *Ave maris stella*, después el *Magnificat*; Montuori echó al mar una «medalla milagrosa» y sujetó otra al palo de la embarcación; Dios y la Virgen quisieron que la tempestad se calmara, y pudieran llegar el 13 de octubre ante Massaua, unos seis meses después de haber zarpado de Civitavecchia.

Los cuatro reinos

Massaua, situada entre las islas de coral que salpican la costa eritrea, era entonces el puerto general del imperio etíope, aun cuando no dependiese de él políticamente, y aun cuando atracar a dicha costa, y zarpar de ella, fuese todo menos fácil.

El gobernador musulmán acogió a los dos misioneros, quienes venían recomendados por el virrey de Egipto, con mucha cortesía, y les invitó a descansar en su casa. Mientras los dos misioneros estudiaban el plan de su futura labor, el cristiano árabe que les servía de guía

ocupábase de los preparativos para la partida hacia el interior.

No fue fácil preparar la caravana, porque no se podía contar ya con medio otro alguno de transporte que la espalda de los mozos o la de los camellos. Fue necesario ante todo distribuir los diversos objetos traídos de Europa o adquiridos en Egipto en paquetes de un tamaño adecuado para este género de transporte; reclutados después los mozos, hubo que fijar el precio con gran tacto y paciencia.

La caravana partió el 15 de octubre, pasada la estación de las lluvias torrenciales; la componían una decena de camellos con los equipajes y algunos mulos para los viajeros, quienes cabalgaban con gran esfuerzo; efectivamente, las sillas abisinias no tenían estribos, sino dos aros, en los que los etíopes metían el dedo gordo del pie; cosa para ellos del todo natural, pero muy incómoda para los europeos.

El país que circundaba Massaua hasta la frontera abisinia, formaba entonces el principado eritreo, independiente un día, cuyo jefe llevaba el título de *nahib* o «rey del mar», pues era el único entre todos los jefes abisinos que extendía su dominio hasta la costa; estaba entonces reducido a la condición de vasallo, no sólo del imperio etíope, sino también de los turcos; recibió a los viajeros con cortesía, pero hubo de pagársele un peaje en Arkicó para obtener el permiso de salir de su territorio.

En dos días de marcha, primero por la llanura surcada por angostos ríos de aguas claras y lentas, después por las primeras pendientes de la altiplanicie, llegaron los viajeros a las faldas del monte Suairá o Taranta, al que era preciso escalar para entrar en Etiopía. La caravana solía ponerse en movimiento al alba y detenerse al mediodía, pues más tarde el calor no les permitía proseguir; los descansos se determinaban por el lecho de los torrentes, que los viajeros seguían durante largos trechos, remontando entre uno y otro crestas hendidas, cuyo perfil se hacía más escarpado a medida que se ascendía.

Con las extensiones raídas alternaban áreas pobladas de árboles, en cuyas ramas posaban simios y pájaros de vivos colores, lo que alegraba la vista, cansada de las desoladas llanuras recorridas después del Nilo en adelante; apenas si se toparon con algunos pastores nómadas.

De noche los viajeros reposaban sobre una piel curtida extendida en tierra, cubiertos con burdo paño y con la cabeza apoyada sobre la mochila que contenía sus prendas personales; con frecuencia se despertaban al aullido de las hienas, que merodeaban en torno a las fogatas del campamento, o al amenazador rugido del leopardo, que imponía un silencio pavoroso a todos los demás animales.

En la falda del monte, fue preciso dejar los camellos y recurrir a los mozos. Se necesitaron dos días para hallarlos, y al alba del tercero, la caravana atacó el monte Suairá; subiendo la pendiente, hacía se la temperatura cada vez más baja, y los misioneros hubieron finalmente de abrigarse, pues sentían intenso frío; pero eran tan felices de verse próximos a su puesto de trabajo, que apenas escuchaban los consejos de los guías, y hubieran deseado llegar a la ciudad en una sola etapa.

Pero hubo que hacer alto varias veces, para que descansaran hombres y animales. A las tres de la tarde estaban finalmente en la cumbre, y cantaron juntos un himno de agradecimiento a Dios.

Desde el dorso del monte, a más de 3.000 metros de altura, la mirada podía espaciarse en la atmósfera límpida.

Mientras los mozos posaban las cargas para descansar un poco, De Jacobis, Montuori y Derodes fueron a reconocer el paisaje circundante.

La primera mirada fue para el largo camino recorrido en el ascenso. Volviéndose a él, o sea, hacia el norte, vieron cómo descendía el áspero precipicio, un contrafuerte tras otro, hasta el mar, cuya línea confusa divisaban en el horizonte a su derecha.

Pero sus deseos iban hacia el país que habían de conquistar para la fe de Roma, y vuelta la espalda al mar, vieron las primeras almenas de aquella gran muralla alpina, que prolongándose más de mil kilómetros en sierras y altiplanicies, forma uno de los más ásperos macizos de África.

Una gigantesca fosa lo separa de su parte meridional, delimitando netamente la Etiopía histórica, con las profundas cuencas de dos ríos.

Como es sabido, se denominaba antiguamente Etiopía toda la región al mediodía de Egipto, la cual comprendía también la Nubia y el Sudán actuales. El nombre deriva del griego *aithios*, negro. Posteriormente el nombre designó tan sólo la porción nororiental de este territorio. *Abisinia* deriva quizá del árabe *abascha*, mezcla, tal vez del nombre de una tribu semítica, *abex*, que dominó el país. De todas suertes los habitantes prefieren ahora el nombre de Etiopía.

El conjunto montañoso que la domina está a su vez dividido por otras grandes depresiones en cuatro regiones, que eran entonces también las principales entidades políticas: Tigré, Amhara, Goyyam y Schoá.

Por los valles que las separan discurren ríos y torrentes de cauce tortuoso y ordinariamente de no gran declive; estos valles son tan profundos y escarpados, que si un viajero hubiera de recorrer la distancia, aun entre poblaciones poco apartadas, se vería obligado a emplear varios días de jornada para bajar y subir sus empinados flancos.

Los ríos abisinios se cuentan entre los más importantes del África septentrional; efectivamente, el Nilo Azul y el Atbara, que son dos de los principales brazos del Nilo, nacen en Etiopía respectivamente con los nombres de Abay y Tacadsé; éstos y sus afluentes, recogiendo y llevando al Nilo las masas de agua que se precipitan durante la estación de las lluvias torrenciales en Etiopía, eran la causa principal de los aluviones periódicos de este gran río, fuente de riqueza para Egipto.

Una creencia popular bastante antigua sostenía en este sentido, que Etiopía podría, si quisiera, matar de hambre a Egipto, sustrayendo al Nilo las aguas de sus ríos.

Lo que se mostraba a los misioneros era Tigré, la región más norteña del imperio etíope, la zona en la que se desarrolló la antigua vida y civilización de aquel imperio; considerábase a sus habitantes como los más valientes y belicosos de toda Abisinia, y la dinastía que allí reinaba disputaba desde siglos el primado imperial a las dinastías meridionales.

De sus montañas surgen extraños ríos, que tras largo recorrido van a perderse en la llanura de Danakil, sin alcanzar nunca el mar; en territorio tigrino se emplaza la capital religiosa de Etiopía, la antigua Axum, cuyas imponentes ruinas recuerdan la pasada grandeza.

A su iglesia dedicada a la Virgen de Sión, según una tradición no fundada, pero muy viva, habría transportado un rey llamado Menelik, supuesto hijo de Salomón y de la reina de Sabá, las tablas de Moisés, sustraídas al templo de Jerusalén; allí se hacían coronar por los sacerdotes, quienes se preciaban de descender de Arón, hermano de Moisés, los reyes de Etiopía, los que en el sello estampaban el mote: «*mo' a ambasá emnagada Y ehudá*», o sea, «triunfa el león de la tribu de Judá» (Apocalipsis V, 5).

Allende el Tigré, hacia el mediodía, tenían los viajeros a Amhara, antiguo centro cultural y político del país, región montañosa y dura, que abarca los dorsos más elevados del macizo abisinio, todos por encima de los cuatro mil metros, y el lago de mayor altitud de África, el Tana.

Este lago, cuyas aguas recubren casi tres mil kilómetros de superficie a mil ochocientos metros de altura, tiene en medio una isla, Dek, antiguo cenobio y panteón de los reyes.

Estos últimos residían de hecho en la vecina ciudad de Góndar, que los colonizadores portugueses embellecieron en el siglo XVII con algunos maravillosos castillos.

Por el tiempo de nuestros viajeros, el rey de reyes o *negus negusti*, no tenía sino una sombra de poder entre las sombras majestuosas de sus castillos, y los *ras* ni siquiera le rendían ya un mero homenaje formal.

También los numerosos y célebres conventos de la región habían quedado casi del todo arruinados tras la invasión de los *gal-la*, pueblo pagano y musulmán, de civilización muy inferior, venido del mediodía en el siglo XVI, y que absorbió y expulsó en parte a la población abisinia, ocupando el lugar de ésta. En algunas localidades viven todavía los residuos de una antigua migración judía.

Al mediodía del lago Tana, amparándose en la cadena montañosa de Choké y rodeada por el río Abbay, está todavía la región de Goyyam, poco poblada, rica en iglesias y conventos. Llamósela por su fertilidad «la tierra de la miel», y Góndar, mientras fue capital, obtenía de allí todo su aprovisionamiento.

El último reino meridional de la Abisinia de entonces era Schoá, vasta región cuyas fronteras llegan hasta las estribaciones del macizo etíope: en su parte oriental está principalmente habitada por musulmanes, pero la casa sobre ellos reinante preparaba la dinastía cristiana que había de dar una nueva forma de unidad al imperio y durar hasta nuestros días.

Más al mediodía aún, en la gran fosa que delimita la Etiopía histórica, fluyen dos ríos: el Omo (que se llamó posteriormente «Omo Bottego», en recuerdo del explorador italiano que remontó su curso), el cual desemboca al Sur en el lago Rodolfo, allende el confín etíope; y el Auasch, que, doblando hacia Oriente, va también él a perderse en la árida llanura de Danakil, rica únicamente en sal.

Más allá de estos ríos extiéndese el territorio de Harar, entonces independiente, país de los fieros y bárbaros *gal-la*, y la llanura de Somalia, que mira hacia el Océano Indico.

El prefecto apostólico que la Santa Sede había mandado para que resittuyera a la unidad

católica el vasto territorio «*Xthiopiae et finitimarum regionum*», como decía el breve de nombramiento, sentado sobre una cornisa cubierta de césped, cara al viento que le azotaba el rostro con sus ráfagas, estaba sumido en graves pensamientos.

Estaba ante un imperio sin emperador; una iglesia sin jefe; un pueblo con mezcla de todas las razas que durante milenios se disputaron la posesión de las regiones septentrionales africanas, yendo a estrellarse como olas sobre este baluarte rocoso; un país con tres lenguas y una cuarentena de dialectos; donde los libros sagrados y la única fuente del derecho estaban aún escritos en una lengua muerta, que ni siquiera sus sacerdotes entendían del todo; un clero corrompido y venal dominaba sobre jefes y pueblo, administrando una religión en el fondo de la cual, apenas si podían percibirse, como las pepitas de oro en algunos de sus ríos, las huellas de la predicación de san Frumencio, ahogada por las herejías, por el Islam y por el paganismo; una población orgullosa de sus tradiciones guerreras que, en su pobreza, miraba con desprecio desde las altas e inaccesibles montañas a los pueblos del llano, y encerrada en su ignorancia, no reconocía la superioridad de pueblo otro alguno. Extraño país, extraño pueblo, extraña situación.

Y sin embargo, aquellos ocho o diez millones de habitantes eran casi los únicos, que en la inmensa marea de ciento cuarenta millones de infieles africanos, elevaran a lo alto la cruz de Cristo, conservando la veneración de la Virgen, de los ángeles y de los santos, y una apariencia de jerarquía eclesiástica.

El misionero tenía la sensación de que era en todo caso necesario amar a aquel pueblo, darlo todo por su salvación, hacerse abisinio con los abisinios para hacer renacer la verdad sin imponerla desde fuera, sino suscitándola desde dentro, recuperando las fuentes más antiguas del cristianismo etíope, que es de idéntica antigüedad que el romano; emplear lo poco que había quedado, para hacer renacer lo mucho que era necesario.

¿Pero tendría él éxito, donde otros habían fracasado? ¿Llegaría a captar el alma de aquel

pueblo, a descifrar aquel manuscrito viviente, sobre el que habían estampado sucesivamente sus signos Menfis, Alejandría, Atenas y Roma? Sabía que junto a los hijos de san Vicente también otras órdenes religiosas se ofrecían a contribuir al renacimiento religioso de Abisinia, y se preocupaba de ello tan poco, que una vez había escrito a un cohermano:

«Estaremos siempre igual de contentos, estando solos como acompañados, en las fatigas apostólicas, con tal de que triunfe la cruz de Jesucristo, en quien está toda nuestra gloria y emulación».

De ahí que experimentase toda la responsabilidad de la tentativa que estaba a punto de emprender, comprendiendo que un fracaso habría tal vez interceptado la vía a cualquier otra prueba por sabe Dios cuánto tiempo.

El misionero estaba aún absorto en estos pensamientos inquietantes, cuando vinieron a avisarle los compañeros, con objeto de reanudar la marcha.

La caravana, recobradas las fuerzas y el orden, estaba lista para descender hacia Adua, donde le esperaba Giuseppe Sapeto.

Visita al ras

En el primer pueblo que hallaron por el camino tuvieron un consuelo: la cruz, que no habían visto hacía ya meses, alzábase sobre una cabaña cónica que hacía veces de iglesia.

En este pueblo, llamado Digsa, decidió el misionero que se detuviera la caravana para dirigirse él solo a Adua, de suerte que no se alborotara la ciudad con la llegada de tanta gente, y se puso en marcha. El día 29 de octubre a mediodía, a un par de kilómetros de la ciudad, se encontró con Giuseppe Sapeto, quien venía a su encuentro con el lugarteniente de navío Lefevre y el médico Petit, ambos en expedición científica.

El encuentro fue conmovedor, y merece la pena escuchar la relación que de él hizo más tarde

De Jacobis en una carta, tanto más cuanto que traza un pintoresco retrato de Sapeto.

«En un pequeño recodo del camino —dice, pues, la carta-- me hallé a poco trecho frente a un blanco, que a su vez se me acercaba cabalgando sobre un mulo. De estatura más bien baja, algo corpulento, con la cara pálida a causa de la reciente enfermedad, barba no larga, cuyos rojos pelos cubrían de manera regular de las patillas al mentón, frente cuadrada, ojo vivo y pequeño bajo una ceja rubia, como los largos cabellos, con la blanca capa abisinia sobre un traje europeo y la cabeza tocada de un turbante árabe. Este hombre se dirigió a mí nada más verme:

¿Es usted quizá el criado del señor Lefebvre o del señor Montuori? —Ni lo uno ni lo otro, respondí entonces; ¿es usted Sapeto...?

¿Es usted De Jacobis...?».

Echando pie a tierra, los dos misioneros se abrazaron con vivísimo entusiasmo; Sapeto veía finalmente coronados sus esfuerzos por establecer una misión regular; De Jacobis hallaba al hombre que la Providencia había elegido para echar la primera semilla de aquella empresa.

Concluidos los saludos, dio Sapeto a De Jacobis un *schammá* para que te envolviera en él y encubriera algo de su aspecto de extranjero recién llegado: prosiguieron luego el camino intercambiando noticias de Italia, de Francia, de Abisinia.

Al atardecer llegaron a Adua, la cual, pese a su calidad de capital de Tigré, no era más que una gran barriada de cuatro a cinco mil habitantes, formada en gran parte por cabañas de madera y tierra.

Sapeto había dispuesto para su prefecto un albergue junto a la iglesia del Salvador, en casa de un cierto Ato Tesfu, platero, profesión ejercida habitualmente por judíos; él, como los demás, trabajaba la plata con bastante habilidad y realizaba también labores de filigrana, reproduciendo antiguos tipos de ornamentación tradicional.

Su casa era una de las mejores de Adua, construida a la manera tigrina, o sea, de forma rectangular, con los muros de piedra, trabada por una masa de lodo y estiércol de vaca, con un techo plano, compuesto por troncos de árbol recubiertos de ramaje, haces y tierra apisonada. El interior estaba dividido longitudinalmente por una hilera de altos recipientes, en los que se guardaba el grano.

El prefecto ocupó la parte que le fue asignada, y al día siguiente, viendo que todo procedía con tranquilidad, pasó aviso a Montuori, quien llegó con la caravana el 1.º de noviembre, fiesta de todos los santos.

Una vez acomodados, los misioneros pensaron en un acto de gran importancia, a realizarse por necesidad antes de comenzar cualquier trabajo: presentarse al ras Ubié, jefe de la región.

Era inútil efectivamente presentarse u obtener permiso del negus negesti, fuera porque estaba lejos, o porque su soberanía sobre los demás príncipes era puramente nominal: el ras de Tigré era en cambio el jefe más belicoso y potente de Etiopía, y alcanzaba con su dominio soberano hasta la costa eritrea, habiendo de algún modo sometido al nahib de Arkicó; era por consiguiente preciso arreglar cuentas con él antes de dar un solo paso.

Se pidió pues audiencia y escogieron, entre los objetos llevados de Europa para este fin, los que parecieron más adecuados para captar su benevolencia; entre ellos una gran representación de la Virgen, encuadrada en rico marco dorado. La audiencia tuvo lugar en el campamento, a escasa distancia de Adua.

De Jacobis, Montuori y el médico francés vieron al llegar un complejo de numerosas cabañas rodeando la del ras, algo mayor y mejor hecha que las otras. Ubié, envuelto en ricas vestiduras de seda, tocado con una melena de león y descalzo, estaba sentado en una poltrona, tenía aspecto valiente, la mirada viva, la presencia majestuosa; alrededor estaban sus *fitaurari*, mientras que un criado sostenía la sombrilla, signo de dignidad; delante, en doble fila convergente, formaban las tropas, cuyo aspecto mostraba las sensibles diferencias de raza

entre las diversas poblaciones etíopes; llevaban indumentarias de colores vivos y estaban provistos de las más variadas armas.

Los misioneros, vistiendo a la manera abisinia, saludaron al príncipe bajando el *schammá* hasta la cintura y dejando descubiertas las espaldas, en señal de acato, y obtuvieron de él un cortés saludo, al cual siguió el de los dignatarios.

Sirviéndose de un intérprete, presentaron sus regalos, que fueron recibidos con visible complacencia; gustó particularmente a Ubié el cuadro de la Virgen, que mandó poner en la iglesia del Salvador; luego entretuvo a los misioneros en conversación durante algún tiempo, y les despidió finalmente declarándose contento de verlos en su territorio.

El prefecto dio las gracias al ras; después, una vez en el campo, dio también las gracias a la Virgen por este primer éxito.

Entre tanto Lefebvre iba y venía de Abisinia a Francia (partiendo con él Derodes en el primero de estos viajes, por no adaptarse a esta misión), procurando se llegara a estipular un tratado comercial entre el ras y el gobierno francés; Sapeto había contribuido a encauzar los trámites y también De Jacobis ayudó a facilitarlos: escribió efectivamente a París, a su congregación, siendo de parecer, que si Francia pudiera establecerse en la costa eritrea, la misión recibiría de ello ciertas ventajas para las relaciones con Europa, y contaría con un refugio, si sobreviniera aquella persecución que podía barruntarse siempre en el ambiente. Los trámites no eran fáciles, pues los franceses se veían impedidos por los ingleses, quienes también querían establecerse en Etiopía; de allí a pocos años, Sapeto, ya fuera de la congregación, facilitaría el que se establecieran también los italianos; pero De Jacobis no dio excesiva importancia a todas estas maniobras: el colonialismo europeo no entraba en sus planes, que eran pura y sencillamente religiosos.

Por lo demás, sabía que en la Etiopía de entonces, el estado normal era más el de guerra que el de paz, y que en aquel momento la

situación estaba en calma, tan sólo porque dos o tres jefes locales se preparaban a la rebelión contra el negus, con la esperanza de llegar cada uno de ellos al máximo poder. Cualquier nimiedad podía turbar aquel equilibrio inestable, y desencadenar una guerra, de la que la misión no hubiera sacado más que daños, fuera que hubieran estado allí franceses, ingleses o no importa quién.

Por eso, considerándolo bien todo, los misioneros dispusieron así su plan de trabajo: ante todo, pareció entonces inútil que todos permanecieran en Adua; era mejor establecer varios centros de actividad: en Adua permanecería el prefecto, para mantener la comunicación con Massaua y la correspondencia con Europa, recibir a los enviados franceses, portadores de cartas de París, y preparar el terreno tan ímprobo del Tigré. Sapeto, a quien «Propaganda» había nombrado viceprefecto apostólico y era quien mejor dominaba la lengua del país, iría a Schoá, donde el ras pedía un misionero; Montuori iría a Góndar, tanto para aprender la lengua de los *gal-la*, como para fundar allí una misión e inspeccionar los lugares más adaptados al trabajo misional.

Para todos regían luego las siguientes directivas, que De Jacobis mantuvo siempre durante los veinte años de la misión, aun cuando fueran de difícil aplicación y suscitaban conflictos.

Ante todo mantener buenas relaciones con los jefes locales y sus ambientes, pero permaneciendo alejados, para conservar la propia independencia; no ingerirse para ello en modo alguno en los asuntos políticos.

En cuanto a las relaciones con el clero, sacerdotes monjes y *deftera*: cultivar su simpatía para no incurrir en excomunión, de efectos fulminantes sobre el pueblo, y hasta solicitar su ayuda; rehuir las controversias apasionadas, contentándose con exponer, pura y sencillamente, la doctrina católica; por lo demás, no era tan importante esclarecer la idea de las dos naturalezas en la persona de Jesús, cuanto en primer lugar llevar a aquella gente a

una vida religiosa más próxima al evangélico modelo; evitar las fundaciones ostentosas, para no empeñarse con gastos excesivos, y no apoyarse mucho en exterioridades; preferir por el contrario la modesta vida del misionero itinerante, siempre de camino por los pueblos del interior, predicando la verdad.

Montuori y Sapeto partieron el 10 de diciembre; De Jacobis, que los veía marchar con pena, acompañolos hasta Axum, a una docena de kilómetros de Adua. Durante el viaje, los misioneros recapitulaban los respectivos consejos, sugerencias y advertencias. Llegados a Axum, visitaron la ciudad en la que había predicado san Frumencio, la iglesia de Nuestra Señora de Sión y los famosos obeliscos, uno de los cuales es más alto que el del Laterano en Roma.

El prefecto vio a sus compañeros alejarse por el camino de Góndar; él regresó a Adua solo, pensativo; confesaba más tarde, que esta separación le había causado más pena, que la partida de Italia.

La misa oculta

Una vez solo, el prefecto se dedicó a la preparación de su obra misional.

Esforzose ante todo por acomodarse a los usos locales, de suerte que jamás fuese objeto de curiosidad o escándalo; adoptó el hábito de los monjes etíopes, vistiendo una túnica de tela blanca, pantalones blancos, un bonete de malla de algodón alto y resistente y la capa blanca de todos los abisinios; calzaba sandalias, aunque tratando cuando podía de andar descalzo como todos en aquel país.

Para dar silencioso ejemplo al clero local, que lo necesitaba mucho, mantenía su casa como clausura estricta; el agua, que ningún varón en Abisinia transportaría, aun a costa de morir de sed, vertíala una mujer en una pileta exterior, de suerte que entrara en la casa por un canalillo.

Algo que precisaba hacer de inmediato era estudiar exactamente la lengua, como medio

indispensable para ejercer el ministerio. Pero en Abisinia pocos saben leer y poquísimos escribir, aun entre los sacerdotes; solamente los *deftera* o cantores de las grandes iglesias sabían la antigua lengua etíope llamada *gue'ez*, reservada a usos litúrgicos, y alguna de las tres lenguas habladas vulgarmente: el *tigré*, el *tigriná* y el *amhariñá*. Entre estas tres lenguas y el *gue'ez* existen en general las mismas relaciones que entre las lenguas románicas y el latín; al ser el *amhariñá* la lengua de la estirpe *amhara*, que señoreó toda Abisinia durante el siglo XIII constituía la lengua oficial del imperio y se hablaba en la mayor parte del país.

El misionero se aplicó asiduamente al estudio de esta lengua y pronto lelgó a hablarla con suficiente corrección.

Mientras aprendía la lengua, trataba de entrar en relación con los habitantes del país, cuya ingénita desconfianza hacia los extranjeros conocía, lo que resultó difícil desde un principio.

Un día, por haber dirigido la palabra a un abisinio que se había detenido a mirarlo mientras leía, obtuvo esta respuesta burlona: «¡Eh, *frenyi*, más vale la amistad de un demonio conocido, que la de un ángel desconocido!». Los abisinios llamaban *frenyi* a todo extranjero, pero este vocablo, que fue originariamente una derivación de *franco* y se remontaba al tiempo de las cruzadas y del reino de Jerusalén, habíase convertido después en signo de desprecio, y Sapeto lo había experimentado durante sus primeros días en Abisinia. En cuanto al proverbio aducido con motivo de aquel intercambio, De Jacobis no creía en verdad merecerse la desconfianza que expresaba, pues nada deseaba él sino hacerse conocer y amar; ninguna de las dos cosas resultaba fácil al carácter abisinio, acostumbrado a fingir y disimular, por exigencias de la caza, y por consiguiente capaz también de emplear la cortesía justo cuando quería herir.

Su vida religiosa se desarrolló primero en el recogimiento y silencio; ya era peligroso recitar el oficio en público: imposible por consiguiente celebrar la misa. El misionero se levantaba muy

de madrugada, antes que fuese de día, y con la sola asistencia de un médico francés que se hallaba en Adua, celebraba en su aposento, sobresaltándose al menor ruido; si lo hubiesen sorprendido, le hubiesen quitado la vida como hereje, y adiós misión.

Desde un principio pasaba la mayor parte del día rezando en la iglesia del Salvador o en el cementerio o si no, en casa, alguna vez llegaba paseando hasta Fremona, algunos kilómetros más allá, donde había estado la residencia de los jesuitas, expulsados doscientos años antes: su vida era correctísima y nadie hubiera podido reprocharle nada. Las mujeres y los muchachos, que tal vez le gritaban por la espalda algún insulto según pasaba, no recibían respuesta, y sin embargo sabían que comprendía y hablaba su lengua, pues cuando tenía cerca a algún muchacho, siempre le decía alguna buena palabrita y le daba una medalla en la que había grabada una hermosa Virgen: era la «medalla milagrosa», en la que confiaba más que en sus propias fuerzas; si encontraba por el camino a alguien que no le pusiese cara de alarma o no se alzase hasta ella el *schammá* para cubrírsele en señal de desdén, era el primero en saludar. También Ato Tesfu tenía contado que curaba muy bien las heridas y daba siempre buenos consejos.

Trabando conversación con quienes parecían mejor dispuestos hacia él, se granjeó un pequeño círculo de conocidos y adictos, comenzó a interesarse por los asuntos de éste y de aquél, dejando caer aquí y allí una buena palabrita, y arriesgando, cuando encontraba el terreno propicio alguna disertación más larga.

Finalmente quiso probar a reunir gente a propósito de una instrucción religiosa y eligió una fecha propicia para él: el 25 de enero, fiesta de la conversión de san Pablo y aniversario de la fundación de su congregación religiosa; recogiose a rezar, y al día siguiente unas diez personas, aceptando su invitación, reuniéronse en torno suyo.

Sabía que el abisinio, al igual que racialmente bien dotado en lo físico, lo está también por lo general en cuanto a agilidad y agudeza de entendimiento, y aunque prefiera la acción a la

contemplación, no desdeña razonar y hasta le apasiona.

De otro lado, confiaba en su habilidad de predicador; en Apulia se llenaban las iglesias más amplias cuando se anunciaba su nombre: aquí hubo de contentarse con una decena de hombres y alguna mujer, de una gran ignorancia, que le escuchaban con desconfianza; pero no se dolió de ello, sino que consideró esto como un primer fruto de su penetración pacífica y quedó contento.

Los abisinios, en cucullas, oyeron su comentario al pequeño catecismo: en él era tan claro el intento por decir cosas sencillas cuanto el esfuerzo por atender a la pronunciación de las palabras para hacerse comprender. Pero cuando uno habla con el corazón, es difícil que no halle la vía del corazón de quien le escucha, y él la halló; tuvo estas pláticas varias veces: había escogido las primeras horas de la tarde del domingo, y un poco por curiosidad, otro poco por simpatía y otro poco por la fuerza penetrante de la verdad, a la que abría camino la caridad, las reuniones iban siendo cada vez más numerosas.

Y con todo hubo de cerciorarse en su primera impresión: muy bellas ilusiones se habían hecho en Europa sobre Etiopía y sobre la posibilidad de restituirla a la unidad católica: no sólo no había nadie que se declarara católico, pero es que ni siquiera pedía nadie serlo.

De Roma pedían información sobre la vida religiosa local, sobre la liturgia etíope, y solicitaban el envío de algún joven que se instruyese en el colegio de «Propaganda». Eran bellas ilusiones: los libros litúrgicos eran casi intangibles, los sacerdotes locales ni siquiera eran capaces de decir cómo se efectuaba una ordenación sacerdotal, pues desde hacía más de diez años, o sea, desde la muerte del *abusa* no había habido más ordenaciones, las cuales por lo demás se ejecutaban en arameo o en copto egipcio, que nadie sabía en Etiopía. En cuanto a la validez de aquellas ordenaciones, la Santa Sede, preguntada a su tiempo por Sapeto, había respondido negativamente: no se podían

considerar válidas; desde ellas se propagaba la invalidez canónica a los demás sacramentos.

La correspondencia con «Propaganda» y con la casa madre de la Misión en París ocupábale a De Jacobis no poco tiempo, pues se atenía al esclarecimiento de las cosas; por lo demás, todo lo registraba escrupulosamente en su diario, que es un precioso testimonio de su vida y de la de sus compañeros en Etiopía. Atestigua que no se podían esperar resultados espectaculares decisivos, pero que procediendo con sentido de la realidad con tenacidad, algún éxito se podía registrar.

De hecho un día, algunos abisinios que le habían escuchado, mandaron a preguntar a De Jacobis, si no le agradaría dar una plática a propósito para ellos: el prefecto, que estaba preparado a la demanda, y hasta la esperaba, aceptó sin más. Con ayuda de su instructor en la lengua preparó algunas conferencias con objeto de pronunciarlas en la iglesia del Salvador junto al gran cuadro de la Virgen por él regalado al ras Ubié.

Así se reunieron varias veces en la iglesia los eclesiásticos de Adua, bastante numerosos; había sacerdotes seculares, los cuales se distinguían de sus conciudadanos por un gran turbante y una cruz que tenían constantemente en la mano; los monjes con el gran bonete de malla de algodón y la capa amarilla; *deftera*, orgullosos de su media cultura.

El prefecto les habló una vez más con gran sencillez: juró ya al principio no entrar en controversias, y tras haber hecho abierta profesión de catolicismo y haber protestado estar presto a dar toda su sangre por el bien espiritual de Etiopía, se limitó a recordar los primeros siglos de la iglesia de Cristo, cuando reinaba en ella la hermosa unidad, de la que exaltó el fundamento: Roma.

En sus conferencias prevalecía el lado afectivo sobre cualquier otro: toda la dulzura de su carácter se reveló de manera especial en las conferencias al clero.

Al concluir una reunión, en la que había dado rienda suelta a las expresiones de mayor afecto por los etíopes, un deftera anciano y muy estimado exclamó: «este sacerdote que ha hablado merece ser nuestro padre». Y antes de salir de la iglesia todos los presentes quisieron su bendición.

Por aquel tiempo llegó también la respuesta de la Santa Sede a la carta que los sacerdotes de la iglesia de San Gabriel en Adua habían enviado al Papa por medio de D'Abbadie; la carta propiciaba la vuelta a la unidad de todos los cristianos y no entraba en controversias; no se sabe el efecto que pudo producir sobre los sacerdotes abisinios, pero debió de ser favorable, porque el 26 de abril siguiente, día de la pascua ortodoxa, fueron conjuntamente los sacerdotes de las cuatro iglesias, vestidos con sus más bellos paramentos y con acompañamiento musical, a saludar a De Jacobis, cantándole sus himnos; De Jacobis, conmovido, hizo algunos regalos en pago del homenaje. Así crecía la estima del misionero entre los habitantes de Adua, los cuales se le aproximaban tanto más, cuanto que veían al clero mantener con él buenas relaciones; no sólo los cristianos, sino hasta los musulmanes le pedían la «medalla milagrosa» y se la prendían de la túnica. En fin, ya que los etíopes, como todos los cristianos orientales, católicos o no, tienen a la Virgen en gran veneración (el calendario etíope señala unas treinta y tres fiestas al año en honor suyo), conformes con la costumbre de poner un nombre tomado de su lengua también al extranjero que tomase parte en su vida, llamáronlo «abba Yakob Mariam», esto es, «padre Jacob de María».

Sintióse entonces todavía más próximo a ellos y más dispuestos aún a vivir su vida, pobre vida de un país pobre. En carta a París pidiendo gente que viniese en ayuda de la misión, decía que se escogiesen personas («no

como yo», añadía), «capaces de soportar las más duras privaciones»; y aclaraba:

«Se duerme en tierra, se come un pan detestable; alguna vez hay pésima carne de cabra, nada de fruta; nada de vino; nada de

pescado; hay que caminar descalzos; se está siempre expuesto a muy grandes causas de seducción en un país de un carácter sensibilísimo, muy sensual, y en el que casi todos van perfectamente desnudos...».

Pedía también medallas y rosarios, «especialmente de cuentas blancas, que gustan más a los abisinios», y destacaba la gran devoción a la «medalla milagrosa». «El consolador espectáculo de todos estos herejes que llevan sobre el pecho este signo de protección de la Madre de Dios —añadía— al mismo tiempo que se venera el gran cuadro (de la Virgen) en la mayor iglesia del país por orden del rey, es un milagro bien grande de la Virgen...».

De esta suerte transcurrió el primer año, y en esta atmósfera que se iba iluminando surgió y maduró un audaz proyecto.

Un caso de conciencia

Hemos dicho ya que Etiopía carecía de obispo o *abuna* hacía diez años; éste, según la tradición, tenía que recibir su nombramiento del patriarca copto ortodoxo de Alejandría, quien residía en El Cairo, contra el desembolso de algunos miles de táleros de María Teresa, moneda especialmente empleada entonces en los intercambios, llamémosles así, internacionales de Etiopía.

Los mejores de entre los sacerdotes sufrían por esta falta, la cual dejaba acéfala a la iglesia etíope, mientras desde hacía varios años, ni siquiera podían ordenarse *in loco* nuevos sacerdotes, sino que era preciso enviarlos a Egipto.

También a los jefes de las diversas regiones preocupaba esto, pero de muy diversa suerte, según sus intereses: el ras Alí, que reinaba en Amhara, no ocultaba sus preferencias por el islam y posponía toda resolución, adoptando la política del decir sin decir, hacer sin hacer, tan cara a los jefes abisinios (y no sólo a ellos); quien empujaba en cambio a una solución era el ras Ubié; no sólo por ser cristiano, sino porque contaba con tener al obispo junto a sí y aumentar el prestigio de su gobierno.

La cosa había llegado a un punto tal, que entre el clero alguien habría estado dispuesto a pedir el obispo a Roma: «no le querremos —decían— porque chocaría con nuestras creencias más antiguas, pero la necesidad nos excusaría».

También la congregación de «Propaganda» se había ocupado de ello ya antes que hubiese sido enviado De Jacobis a Abisinia: habíale después pedido a él el nombre de un sacerdote abisinio que pudiese ser elevado al episcopado.

De Jacobis, que conocía ahora la situación mejor que sus superiores, desmontó fácilmente el proyecto, demostrando lo poco que podía esperarse de un obispo llegado de fuera, y localmente nadie estaba en condiciones de poderse consagrar; sugirió en cambio se propusiese a los jefes locales pidieran a El Cairo un obispo que fuese egipcio y de rito copto, pero en comunión con Roma.

En «Propaganda» apresaron de inmediato la idea, y con una cierta precipitación escogieron y nombraron al hombre que les pareció adecuado: el vicario apostólico de los católicos de rito copto de Egipto, monseñor Teodoro Abukarim; sólo que éste, anciano y enfermo, hubo de renunciar luego al nombramiento, y se volvió a empezar, pues otros sacerdotes competentes advirtieron que ni siquiera en El Cairo había sacerdote copto alguno en condiciones de que se le enviara como obispo a Abisinia. Y así se disipó el proyecto dejando la vía expedita para otras soluciones.

El patriarca de Alejandría había entre tanto enviado a algunos de sus hombres a Etiopía; éstos tendrían una reunión con los jefes abisinios, y se había deliberado imponer en ella la tasa llamada «del abuna», con objeto de recaudar la suma necesaria para la «adquisición» de éste. Hablábbase también de poner a la cabeza del grupo de delegados etíopes que habían de ir a El Cairo, a un europeo que en parte protegiese la embajada con la bandera de su nación y en parte le sirviese de guía.

Los nombres que se barajaban eran: el del abba Yakob, el del protestante inglés Coffin y el del naturalista alemán Schimper, también

protestante, pero muy amigo de De Jacobis, a quien había declarado varias veces su deseo de pasarse a la iglesia católica.

La propuesta de encabezar la delegación a El Cairo hízosela a De Jacobis directamente el oras Ubié de manera solemne en una audiencia; la propuesta podía ser una buena ocasión de acrecentar su prestigio y hacer mucho bien, pero en realidad constituía una pequeña empresa y una gran responsabilidad, además de ser un caso de conciencia: ¿podía él encabezar una delegación de no católicos, que se dirigía a un prelado no católico, para pedir un obispo no católico?

¿Cómo recibirían sus superiores la noticia de su aceptación?

Rehusar, por otra parte, significaba dejar el puesto a uno de los protestantes, que aceptaría de inmediato; mientras que aceptar podía equivaler a influir sobre el nombramiento del abuna, de suerte que se obtuviera uno, si no católico, lo que no se podía saber, al menos amigo de los católicos.

El misionero, terriblemente preocupado, rogaba continuamente al Señor que le iluminase, y se tranquilizó en conciencia, cuando determinó aceptar la eventual propuesta, aunque poniendo algunas condiciones; hízolo en un coloquio con un sacerdote etíope amigo suyo: el abba Khidané Mariam, hombre de confianza del ras. Y las condiciones quedaron expuestas de la manera más clara:

«Yo» —dijo De Jacobis— «soy católico y no puedo en conciencia cooperar al nombramiento de un obispo que no reconozca la autoridad del Papa. Sería un acto contrario a mi fe y a mi disciplina. Pero si es necesario que acompañe vuestra misión a Egipto, iré bajo estas condiciones: que se intente convencer al patriarca copto para que se una; que se permita la construcción de iglesias católicas en Abisinia; en fin, que la embajada entera vaya conmigo a Roma a hacer acto de homenaje al sucesor de san Pedro y a pedir al menos su amistad».

Los requisitos no eran de importancia baladí y el misionero, al poner condiciones a la petición del ardiente jefe, estaba corriendo un buen riesgo.

Sin embargo, la cosa tomó buen rumbo; los sacerdotes de Adua, y especialmente el abba Khidané Mariam, convencieron al ras para que aceptara las condiciones y aseguraron al misionero que su única incumbencia consistía en acompañar a la embajada a Egipto; los trámites con el patriarca no le afectaban.

En una nueva audiencia le aseguró el ras que escribiría al patriarca pidiéndole permiso para que la embajada fuera a Roma y para que pudiera construir iglesias católicas en Etiopía; escribiría además una carta de homenaje al Papa. Y el misionero, animado también por el parecer favorable de Montuori y Sapeto, aceptó.

La delegación salió de Adua el 20 de enero de 1841; iba compuesta por personalidades, *deftera*, monjes, sacerdotes y altos funcionarios, representantes de los varios estados abisinios, Tigré, Amhara, Goyyam, Schoá; a la cabeza iba el *alecá* Apté Sel-lassié, pariente del ras de Schoá y primer ministro de Ubié; entre los monjes de mayor autoridad estaba el abba Khidané Mariam, el *deftera* Ghebra Miguel y el *deftera* Destá, amigos de De Jacobis; en total una cincuentena de personas escoltadas y armadas.

El abba Yakob Mariam, retrasado por una visita al enfermo Sapeto, en su camino de regreso a Adua, obtuvo fatigosamente del ras Ubié permiso para salir un par de días más tarde. Su partida demostró haber en Adua mucha gente que le quería bien: más de la que él creía; muchos le acompañaron durante un largo trecho, augurándole calurosamente un buen viaje: el misionero deseaba llevar a Roma muchachos que se educaran allí, pero los padres de éstos no tuvieron valor para dejarlos ir tan lejos y durante tanto tiempo; entre los criados que salieron con él había incluso uno recién casado.

En un par de días alcanzó a la delegación y se unió a sus componentes. Los sacerdotes y

monjes tigrinos que le conocían fueron a su encuentro, mientras que los representantes de las demás provincias le acogieron con gran frialdad: teníanlo por no más que un encargado del ras Ubié para que los protegiera, una persona necesaria, pero no grata. El abba Yakob comprendió de inmediato que el camino no iba a estar sembrado de pétalos rosas.

La embajada procedía por cortas etapas y con lentitud, fuera por la gravedad con que aquellos sacerdotes cumplían su misión, fuera a causa de las necesidades en un viaje de tan numeroso grupo.

El misionero tenía todo el tiempo para reflexionar: parecíale ahora algo bueno y hermoso haberse agregado a la embajada; pensaba ayudar del mejor modo a sus abisinios en cualquiera de las necesidades del viaje, de hacerse útil bajo todos los aspectos, a fin de ganarse la estima general y lograr su intento de llevarlos a todos a los pies del papa. Ante este prospecto todo sufrimiento le resultaba insignificante.

Al llegar a Massaua pudo cobrar del agente consular francés algunos millares de táleros que se le habían enviado de París y proveyó al embarque de todos. Este hecho puso en acecho a los diputados etíopes, siempre suspicaces —y no sin motivo—, no fuera a embaucarlo cualquier traficante de esclavos y terminaran encadenados en un mercado árabe.

La desconfianza para con el abba Yakob aumentó; sólo sus amigos tenían confianza en él, los demás parecían haberse comprometido a añadir a los sufrimientos físicos los morales.

El viaje duró unos tres meses, y en los diversos peligros corridos por tierra y por mar, a causa de los salteadores y las tempestades, el abba Yakob se mostró siempre diligente en su cometido de velar por la embajada; varias veces escuchó el Señor su oración, aumentando poco a poco su prestigio.

El misionero comenzaba a esperar que todo fuera por buen camino; pero en El Cairo cambiaron las cosas, y la situación dio la vuelta.

Hacia Roma

Que este viaje era de gran importancia, lo demostraron las grandes dificultades que halló a cada paso.

El recorrido de Adua a Massaua, que de ordinario exigía unos diez días, llevó aquella vez casi treinta, aunque nada más fuera porque en cada pueblo se hacían festivos recibimientos a la delegación.

En Massaua, De Jacobis se puso en contacto con el nuevo cónsul de Francia, De Goutin, a quien el secretario y ecónomo general de la Misión, Etienne, no se sabe bien si debido a sentimientos nacionalistas o a falta de confianza en De Jacobis, había dado un encargo no sólo de protección, sino de vigilancia sobre la misión; que un prefecto apostólico hubiese de depender de un seglar era cosa bastante extraña; De Jacobis se atuvo a las órdenes superiores, evidentemente mientras éstas no entraran en conflicto con su mandato apostólico; éstas, mientras tanto, procurándole aún embarazos adicionales a los ya existentes.

En Massaua fletó una embarcación hasta Suez, desde donde emprendieron el cruce del desierto cabalgando en camellos.

Ya durante el viaje se había percatado el misionero de que una parte de los diputados se complacía poco en que se presentasen al patriarca las cartas del ras Ubié; tratábase en realidad de dos pliegos en blanco, firmados por Ubié, en los que debían escribirse las demandas de la misión católica; extraño procedimiento, según se ve; pero el misionero confiaba en que la cosa marcharía sin mucha dificultad. En cambio cuando la caravana halló El Cairo azotado por la peste, complicáronse las cosas a causa de la confusión general que allí reinaba y la clausura de todos los consulados y oficinas.

Los diputados abisinios, ahora a salvo de los salteadores del desierto y de los traficantes de esclavos, hábilmente manejados por agentes del patriarca copto, dejaron plantado al misionero y fueron a alojarse a casa del patriarca, mientras que De Jacobis se albergaba

en el convento de la Custodia de Tierra Santa. En mayo escribía al cardenal prefecto de «Propaganda», para informarle de las razones por las que se había comprometido a acompañar a la embajada y de todo cuanto de este compromiso se prometía obtener.

Mientras el misionero procuraba sacar el mayor fruto posible del viaje, los delegados etíopes activaban los trámites con el patriarca para el nombramiento del abuna. No costó fatiga al anciano patriarca Petrós imponerles a un cierto abba Andrés, joven disoluto, empapado de ideas protestantes, que había ya dado que hacer por su rebeldía en el monasterio de San Antonio, donde se le había acogido.

Los diputados, al conocer sus precedentes, su ignorancia y escasa fe religiosa, quisieron oponerse, pero todo fue inútil; el nombramiento estaba hecho, y hubo entre ellos quien lo aceptó por miedo o por conveniencia. El abba Andrés fue consagrado y tuvo la audacia de tomar el nombre de Salama, que quiere decir «pacífico» y que había sido el nombre de san Frumencio, primer evangelizador de Etiopía.

Estudiaba el misionero el medio de presentar al patriarca las famosas cartas con las que obtener la construcción de iglesias católicas en Abisinia y la peregrinación de los diputados a Roma. Por medio de Antonio B. Clot, un médico francés que trabajaba hacía años en El Cairo, donde había organizado muchas obras benéficas y científicas, mereciéndose el título de «bey» y una alta graduación militar, pidió audiencia al patriarca; éste, para complacer a Clot Bey, poderoso ante el gobierno, fue cortés con el misionero y le fijó una audiencia junto con la delegación abisinia.

La audiencia tuvo lugar algunos días después; cuando el prefecto apostólico hubo presentado las cartas, el patriarca pidió a los abisinios informes sobre el asunto; los abisinios, irritados ya por el nombramiento del abuna, apenados por la muerte de siete componentes de su grupo, víctimas de la peste, algo temerosos de las eventuales represalias del patriarca, estaban desorientados y no quisieron

expresarse. Algunos demostraron poner en duda la autenticidad de las cartas, y el patriarca, que nada mejor deseaba, las rehusó, pese a las protestas del misionero. Mandó a todos en consecuencia volvieran a Abisinia, sin siquiera continuar el viaje, como estaba fijado, hasta Tierra Santa.

Esta última imposición destrozó el plan del patriarca Petrós; algunos de entre los diputados, y de éstos los principales, se rebelaron al azar; siguió un tardío arrepentimiento del patriarca, y pidieron perdón al abba Yakob por haberle abandonado, prometiéndole que si el virrey de Egipto les pudiese a cubierta de represalias, irían a Roma con él, como habían prometido.

El abba Yakob, que hubiera dado mucho más por el suspirado viaje a Roma —algunos días antes había hecho incluso una visita de cortesía al abuna Salama, quien por lo demás había recibido bien—, perdonó a todos y determinó partir con ellos hacia Alejandría esperando obtener la protección deseada; salieron los veinticuatro, pero también en Alejandría fue todo nuevamente tergiversado; el virrey aceptó los regalos que le enviaba la delegación, pero no respondió. El cónsul francés no sabía qué consejo dar; los abisinios nada decían.

Una tarde acudieron a una recepción a casa del señor Rosetti, cónsul del gran duque de Toscana; la mujer del cónsul, sabedora del proyecto, habló de Roma con tanta viveza, describió el viaje y la acogida tan calurosamente, que logró entusiasmar a los abisinios y se decidió el viaje.

Tratábase ahora del costo de la expedición: ésta del dinero, que estaba prometido, pero no llegaba, fue una de las cruces más duras para el misionero, pues le impedía hacer muchas cosas que hubiera querido hacer; pero sabemos que desde el principio, el entendimiento con los superiores fue todo menos perfecto; años necesitó De Jacobis para subsanar el pecado original de la misión, o sea, el que hubiera nacido a impulsos locales y no por determinación de lo alto.

En su auxilio vino el señor Cerruti, cónsul del reino de Cerdeña, quien logró obtener de «Propaganda» permiso para ayudar al misionero, a quien entregó una considerable suma.

Así finalmente el 7 de julio, con veintitrés abisinios, De Jacobis, tras haber anunciado su llegada mediante una carta a monseñor Cadolini, secretario de «Propaganda», zarpaba para Europa.

El misionero, que tantas cosas se prometía de este viaje, estaba contentísimo y no lo ocultaba. Los abisinios, después de tantas pruebas, tenían ahora en él toda la confianza; a bordo del vapor entre tanto, aunque poco práctico en aquel medio de locomoción, hubo de hacer de guía. Todo era nuevo para los abisinios: la altísima chimenea, de la que salía un humo negro, los cilindros que hacían saltar el agua a los flancos del navío, los silbidos que traspasaban los oídos, la embarcación misma, que avanzaba sin viento y aun en contra del viento.

Aunque como buenos abisinios hiciesen alarde de no maravillarse de nada, era fácil sorprenderlos extáticos ante cualquier mecanismo cuyo funcionamiento no comprendían. El misionero en cambio escribió en aquella ocasión en su diario las más entusiastas palabras sobre la navegación a vapor, llamándola «una obra maestra de la moderna invención, destinada a llevar de un cabo a otro del mundo con sorprendente rapidez, el espíritu animador de la moderna Europa». La embarcación entre tanto, a impulso de sus paletas, llevaba a todos, contentos y descontentos, entusiastas e indiferentes, hacia la hermosa ribera de Italia. El misionero hubo aún de morder el freno durante una breve cuarentena en Malta, último regalo de la peste de Egipto, pero por fin, el 10 de agosto, podía señalar a sus abisinios el penacho de humo que desde lo alto del Vesubio se combaba sobre el mar. Un día más tarde se concedieron algunas horas para bajar a tierra, las suficientes para que los cohermanos, los parientes, los amigos del misionero le acogiesen en la casa de «i Vergini» junto con sus acompañantes, festejándoles mucho. Los abisinios, que jamás habían visto cosa

semejante, volvieron asombrados y puede jurarse que no llevaban en la cabeza una sola imagen clara.

El 12 de agosto, desembarco en Civitavecchia y rumbo a Roma. El corazón del prefecto latía con rapidez por la Via Aurelia al aproximarse a la ciudad, y cuando veía en su imaginación al grupo de abisinios arrodillado ante el papa, sentía un consuelo que le compensaba de todo.

Por lo demás, tampoco los abisinios permanecían indiferentes; demasiado les había hablado de Roma el abba Yakob, para que no sintiesen un vivo deseo de verla, y sin embargo las molestias de este viaje no habían concluido aún. El grupo, que había llegado a Roma por la Via Aurelia, debiera haber entrado en la ciudad por la puerta «Cavalleggeri», pero De Jacobis, parte porque hubieran tenido que albergarse en el colegio griego de la Via del Babuino, parte porque le parecía más oportuno hacer una entrada más solemne, quiso rodear hasta la puerta del «Popolo»; pero hubo pérdida de tiempo y se llegó a la puerta a altas horas de la noche; los guardias y aduaneros, a quienes fue preciso despertar, acogieron mal a los viajeros. El misionero logró con mucha paciencia hacer entrar al grupo; luego nuevas dificultades en el colegio, donde no se esperaba su llegada a aquella hora; De Jacobis, que hubiese deseado una entrada triunfal, no para sí, se entiende, sino para aquellos sacerdotes abisinios, tan suspicaces y tan orgullosos, con el temor de que la primera impresión destrozase todo su plan, procuró remediar los inconvenientes mostrándose siempre sereno, ayudando a todos, hablando en italiano o en latín con el personal del colegio (el cual, desde su reciente reapertura albergaba entonces solamente a un obispo de rito oriental) en *amhariñá* con los etíopes, agradeciendo, prometiendo; y tanto dijo e hizo, que consiguió acostarlos a todos del mejor modo.

Cuando vio finalmente que todo estaba en orden, fue él también a dormir, que bien lo necesitaba.

El viaje había durado casi ocho meses.

Todos a ver al Papa

El 28 de agosto de 1841 se podía leer en la correspondencia de Roma del «Giornale del Regno delle due Sicilie», con fecha del 25 de agosto, el anuncio de la llegada a esta metrópoli de los delegados de los tres reinos cristianos de Tigré, Amhara y Schoá, en Abisinia, enviados al papa por Ubié, señor de Tigré».

El diario continuaba relatando la audiencia concedida por el pontífice; pero lo que el diario no contaba (un cronista de entonces descuidaba ciertos particulares) era el heroico trabajo que el buen misionero hubo de tomarse para inducir a los dignatarios abisinios a ponerse zapatos y un poco de ropa interior, sin cuyo atuendo no tenía el valor de presentarlos al papa.

Cierto que los había llevado por Roma en carrozas cerradas y a alguna iglesia, pero se había percatado de que aquellos pies desnudos y aquellas sencillas túnicas, tan naturales entre las rocas de Etiopía, producían un efecto muy distinto entre los mármoles, los oros y los estucos de los monumentales edificios de Roma.

Por eso, la mañana del 17 de agosto llegaron las carrozas papales para llevarlos, cuando aún el pobre misionero se afanaba en enseñar a uno a ponerse el pantalón, a otro a abotonarse la camisa, a un tercero a acordonarse los zapatos.

Para no hacer esperar al papa, hubo que salir cuando todavía alguno tenía un zapato puesto y el otro en la mano; pero todo se arregló en el trayecto de casa al Quirinal (o Monte Cavallo, como se decía entonces), donde residía el papa.

El secretario de «Propaganda», monseñor Cadolini, llevó a los delegados abisinios al santo padre entre la viva curiosidad de los guardias y del personal del servicio; junto al trono pontificio estaban el cardenal boloñés Mezzofanti, gran políglota, y el abba Guiorguís, rector de la iglesia de Santo Stefano dei Mori, quienes harían de intérpretes junto con De Jacobis. Entraron en primer lugar los tres delegados principales; el *alecá* Apté Sellassié, el abba Resedebrá y el abba Ghebra Miguel; los demás permanecieron en la antecámara y, pese a las recomendaciones del misionero, sen-

táronse tranquilamente en el suelo, al no poder, por culpa de aquellos dichosos zapatos que les oprimían los pies, sentarse sobre los calcaños, según la costumbre abisinia.

El papa Gregorio XVI, al decir del susodicho diario, tras haber acogido a los delegados con paternal afecto, hizo que se sentaran en tres escabeles delante del trono, y se entretuvo con ellos hablando del tema misional; fueron luego introducidos los demás componentes de la delegación, y se presentó la carta de homenaje del ras Ubié.

El papa la abrió y la pasó al deftera Destá, secretario de la delegación, quien la leyó en abisinio: fue luego traducida al italiano.

En fin, los delegados abisinos ofrecieron al papa incienso y aromas, «para honrar en él lo que representaba», y algunos pájaros raros de Etiopía.

El papa agradeció los regalos y despidió a la misión, anunciando que remitiría seguidamente la respuesta a la carta de Ubié.

Los abisinos salieron de la audiencia encantados de las afables maneras del papa: el misionero a su vez no cabía en sí de gozo, pareciéndole que ya todos eran católicos.

Todo el mes que la delegación pasó en Roma fue una continuación de invitaciones, recepciones, visitas: los cardenales Fransoni, Mezzofanti, Mattei, Tosti cortejaron a los abisinos a porfía.

El papa, que había sido antes prefecto de «Propaganda» y promovía con ardor las misiones, erigiendo numerosos vicariatos apostólicos y ampliando la congregación, no quiso que se tuviesen discusiones o que se tratase en modo alguno de las razones del cisma etíope; alguno, aun entre los abisinos, hubiese querido abrir una especie de concilio con una discusión sobre los argumentos doctrinales, pero faltaban evidentemente los presupuestos, y el papa prefirió sabiamente considerar aquélla como una visita de cortesía. Y fue un acto de gran finura pastoral.

En los días sucesivos, no sólo se acogió siempre con gran honor a los abisinos, señorialmente alojados en el colegio griego, sino que también De Jacobis recibió pruebas de particular estima. El cardenal Tosti, tesorero de Su Santidad, le regaló, entre otras muchas cosas, un tapiz muy hermoso; en otra ocasión fue el cardenal Mezzofanti a buscar a De Jacobis al colegio griego, llevóselo en carroza por Roma y luego le acompañó en visita privada al papa, quien le acogió bondadosamente entreteniéndole en conversación.

Los abisinos asistieron el día de la Asunción a la misa de pontifical en Santa María la Mayor. La multitud que esperaba el paso del cortejo papal aplaudió con viveza al grupo, que tomó en la iglesia un lugar en una tribuna especial. La ceremonia, que se desarrolló con todo el esplendor de la liturgia romana, impresionó a los etíopes; el entusiasmo y fervor de romanos y forasteros arrastró también a los delegados; cuando el papa salió a la plaza, y la multitud, apiñada detrás de las tropas, que saludaban, estalló primero en aplausos y se arrodilló luego para la bendición, los abisinos sintiéronse conmovidos también.

El alocá Apté Sel-lassié dijo al abba Guiorguís, que estaba a su lado:

—Hay un pasaje en nuestra liturgia que dice: «A ti se te concedió la corona del sacerdocio y el imperio sobre todos los santos». Diríase que el autor de estas palabras hubiese visto Roma.

Y el abba Guiorguís respondió, citando las palabras de Hermas:

—«Yo descendí a la iglesia de Roma, la miré, la reconocí, la amé como a una hermana; me la represento siempre en su hermosura, la volví a ver pasados muchos años y aún la hallé más limpia que las aguas del Tíber».

Así veían confirmarse el primado de la iglesia de Pedro sobre todas las demás, cada vez que entraban en alguna de las grandes y antiguas iglesias de Roma.

Un día que estaban reunidos los abisinos en uno de los jardines del palacio apostólico,

rodeados de cardenales, de personalidades y dignatarios, llegó inesperadamente el papa. Llamando a los abisinios junto a sí, llevoles hasta el laberinto para que se divirtiesen: el misionero, viendo a sus moros en torno al papa, experimentó una alegría inmensa, que anunció al oír la voz misma del papa, quien lo llamaba para que le hiciese de intérprete e indicara a dos jóvenes abisinios, extraviados en el laberinto, el camino de salida.

De Jacobis, corriendo a la voz del papa, pensaba que toda su obra se dirigía justamente a aquel fin: guiar a los abisinios para que salieran del laberinto de la herejía.

El visitador romano de la Congregación de la Misión invitó otro día a los diputados a comer en la casa de Montecitorio. El refectorio tenía aquel día un extraño aspecto: de un lado todos los blancos vestidos de negro, del otro todos los moros vestidos de blanco. Después de la comida hubo un pequeño acto académico con cánticos italianos y abisinios, y luego conversación; todos quedaron admirados del respeto que los abisinios tenían por el abba Yakob Mariam.

El 29 de agosto la delegación fue recibida en audiencia de despedida por el papa, que salía al día siguiente para Loreto. Gregorio XVI hizo se entregara a los delegados un *breve* para el ras Ubié y muchos regalos; dio incluso orden de que se pusiese en manos del prefecto cuanto juzgase necesario para su misión, y dejó a todos conmovidos.

Era ya hora de que también la delegación abisinia abandonase Roma, tanto más cuanto que parecían alcanzados los objetivos fijados: el homenaje al papa había conseguido un éxito por encima de todas las esperanzas: quedaban en Roma cuatro abisinios, que se habían pasado entre tanto al catolicismo, para estudiar en el colegio de «Propaganda»; De Jacobis había obtenido además refuerzos para la misión: con él partía el padre Lorenzo Biancheri, ligur, joven, robusto y lleno de celo, y un coadjutor de valía, el hermano Giuseppe Abbatini; y existía la promesa de que seguirían otros.

Y además las noticias de Etiopía no eran prometedoras: Sapeto estaba gravemente enfermo y en vano se aplicaba los remedios donde estaba; la partida de De Jacobis había dejado un vacío (pues también en su caso podía citarse el antiguo dilema: «si voy ¿quién queda? Si quedo ¿quién va?»); mientras que voces cada vez más insistentes daban por inminente una guerra entre Ubié y el ras de Amhara, Alí.

El grupo partió, pues, el 11 de septiembre; a las puertas de Roma el alocado Apté Sellassié, volviéndose hacia atrás y mirando la cúpula de San Pedro, que ascendía en el límpido cielo de septiembre, suspiró:

—¡Ay! Si no fuese el jefe de la embajada, jamás marcharía de Roma.

—¡Roma! —respondió De Jacobis, mirando también hacia San Pedro. Roma está dondequiera se encuentre su nombre y su unidad.

Nadie había exigido a los abisinios una profesión de fe católica, y tal vez por esto precisamente se sentían todos, quién más, quién menos, sacudidos en sus convicciones religiosas y más próximos al catolicismo de lo que creían.

A Jerusalén y regreso

De Jacobis, de haber podido seguir su propia inclinación, hubiera salido directamente para Etiopía: en El Cairo había dejado al abuna Salama, obtenida de él promesa de que esperaría a la delegación antes de entrar en Abisinia, pero ¿podía uno fiarse? Y dejar que entrase solo, con la aversión que había mostrado a los católicos, ¿no era peligroso?

De otro lado también el misionero había prometido a los delegados abisinios acompañarles a Jerusalén, y los abisinios se atenían a aquella peregrinación: el prefecto no sintió poner en juego su prestigio faltando a la palabra dada, y la meta fue Jerusalén.

Entre tanto el viaje comenzó mal: por un malentendido entre la casa de París, el cónsul francés y De Jacobis, éste y la delegación, en

lugar de ir a Civitavecchia, donde debía encontrarse el navío francés con los pasajes gratuitos, fue a Nápoles, donde creía poderse embarcar en las mismas condiciones, y fue un error.

En Nápoles, una vez más recibimientos festivos, ya por parte de la población, ya por parte del rey Fernando, quien recibió a todos en audiencia solemne y les dio fusiles, medallas, relojes, collares y otros objetos preciosos; pero el permiso de embarco gratuito no llegó y De Jacobis hubo de pagar los billetes de su bolsillo, si quería partir. El 14 de octubre se embarcaron todos, y dos días después en Malta, supieron por un árabe llegado de Egipto, que el abuna Salama, contrariamente a lo acordado, pero según lo previsto, había salido para Etiopía. Fue una espina más en el costado del misionero: pero ahora estaba uno en el baile y había que bailar; el 1.º de noviembre, llegó el grupo a Jaffa, extenuado por un viaje terrible, y todos, incluido el misionero, más o menos enfermos.

Acompañados por el hijo del cónsul belga, llegaron a Jerusalén a mediados de noviembre y se detuvieron allí cerca de un mes. El diario de esta peregrinación, llevado por De Jacobis, nos da los particulares. Se sabe que la delegación fue huésped de la Custodia de Tierra Santa, que visitó los lugares sagrados, fue a Belén y tuvo también una entrevista con el patriarca armenio, quien según antigua costumbre, cargaba con el sostenimiento de los etíopes que peregrinaban a Jerusalén.

Partieron de nuevo a mediados de diciembre, y el 12 de enero del nuevo año de 1842, De Jacobis pudo saludar en El Cairo a Biancheri, quien durante la espera había aprovechado el tiempo, predicando todos los domingos y dando tandas de ejercicios espirituales a los europeos. Con él y con Abbatini había también un abisinio, que iba a tener un papel importante en la misión: el sacerdote Uelde Kiros.

De Jacobis esperaba mucho de este joven sacerdote, pues, como sabemos, apuntaba al clero indígena para renovar la iglesia etíope.

Por eso, más que sacerdotes cultos y doctrinalmente preparados, deseaba tener jóvenes «bien fundamentados en el catecismo católico y contentos de Roma», pues, había escrito una vez, «la misión de Abisinia no tiene propiamente necesidad más que de testigos, que demuestren con hechos y con palabras la verdad de las cosas que les vayamos diciendo nosotros, para aficionarlos al legítimo jefe de la iglesia».

Poco esperaba de la estancia en los colegios romanos, pues temía, y no sin razón, como lo demostró la experiencia, que «la vida severa del colegio llegue a ser una prueba demasiado fuerte para una gente tan débil».

En El Cairo, el misionero visitó al patriarca copto juntamente con los delegados abisinios, quienes le refirieron entusiasmados la visita al papa; esperaba él obtener el tan suspirado permiso para construir iglesias católicas, pero no tuvo éxito: el patriarca decía un día que sí y otro que no, evitaba encontrarse con el misionero, le engañaba en cada encuentro que no lograba evitar, y en fin, todo lo que otorgó, fue una carta para Ubié, en la que se decía que si sus delegados habían visitado al papa, ello había sido «con su pleno consentimiento». Fue todo: pero el misionero esperaba, que aun esto allanase el camino.

A mediados de febrero salieron de El Cairo, y en cuatro días, parte a pie, parte cabalgando en camellos, llegaron a Suez, donde se detuvieron algunos días en espera del embarque para Massaua.

De Jacobis visitó la ciudad para darse cuenta del estado religioso de los cristianos. En Suez hallaron asimismo a un grupo de misioneras de la Congregación de Jesús y María, que iban a la India, y un día todos juntos, celebraron una misa cantada y las vísperas en casa del cónsul francés, quien había tenido la gentileza de hospedarlos. Fue una hermosa reunión, que hoy se diría de carácter ecuménico: de hecho, con los misioneros católicos había abisinios coptos, el cónsul francés, ortodoxo y el inglés, protestante o anglicano, con su mujer.

Los misioneros y las hermanas, en dos coros distintos, se alternaron en los cantos que acompañaban la celebración; al final todos estaban conmovidos, y don Caffarel, un santo sacerdote francés que dirigía a las religiosas, escribió como atestado de gratitud al cónsul francés una exhortación para que se convirtiese al catolicismo: y quiso también que De Jacobis añadiese algunas palabras.

Unos días después todo el grupo estaba en Yedda, donde, tendido en una barca árabe, se encontraba Sapeto, que volvía a El Cairo en busca de cura para su enfermedad. Aquí tuvieron noticias precisas de Etiopía, todo menos buenas: la guerra de Ubié había estallado, el abuna Salama la secundaba con sus excomuniones, que no sólo recaían sobre los partidarios de Alí, sino también sobre los católicos y sus amigos.

De Jacobis no pudo entretenerse más: el 3 de abril estaba en Massaua, decidido a marchar al interior, pero hubo de contar con una fiebre que lo clavó al lecho una veintena de días, juntamente con Biancheri y Uelde Kiros.

Apenas pudo tenerse en pie, el misionero partió con un grupo de sacerdotes abisinios de Adua, dejando en Massaua a Biancheri con el equipaje; llevaban una gran brújula, un anteojito y varios libros; había devuelto en cambio el gran tapiz del cardenal Tosti, por pesar demasiado.

Durante su demora había provisto también al comienzo de la construcción, junto a Emqul-lo, de una casita que sirviera como lugar de refugio, en el caso no improbable de que se obligara a los misioneros a abandonar el interior.

Las perspectivas eran de hecho tales, que en una carta al padre Etienne escribía el misionero:

«Me aseguran que en Abisinia van a hacer que se me levanten iglesias, las cuales tal vez sean consagradas juntamente con los huesos de los misioneros aquí martirizados; el señor Montuori parece estar ya en camino... Me

confirmando, en fin, y pudiera ser la última vez, en el corazón de Jesús...».

Pero era evidentemente pronto para el martirio; o mejor, el martirio existía ya y a diario, e iba a durar varios años; aquella vez, contrariamente a lo esperado, todo fue liso: la población acogió con júbilo al misionero, y el ras Ubié, que estaba en los montes de Semién por causa de su guerra contra el ras Alí, tal vez lisonjeado de tener en su territorio tanto al abuna copto como al misionero católico, envióle un mensajero para saludarle.

El 9 de febrero de 1843 llegó también Biancheri con el resto de la comitiva y los equipajes.

El famoso viaje a El Cairo, a Roma, a Jerusalén había durado un año y casi cuatro meses, y como se mostró de inmediato, el éxito había sido en su conjunto positivo.

De Jacobis, como sabemos, había dudado mucho al principio en aceptar la oferta de Ubié, para que acompañara a la delegación a El Cairo en busca del abuna. Pero —aparte el hecho, de que también sin que él la guiara, hubiera ido igualmente la delegación al patriarca e igualmente hubiera conseguido el abuna— si De Jacobis no hubiese aceptado la oferta de Ubié, oferta que en aquellas circunstancias era casi una orden del poderoso ras, algún otro, o sea, uno de los protestantes hubiera ido en su lugar; y si la presencia de De Jacobis podía hacer esperar en un abuna, si no católico, por lo menos amigo de los católicos, esta esperanza caía por tierra, si no hubiese aceptado.

Además, las condiciones que había puesto y que Ubié había aceptado, habían conferido un aspecto diverso al viaje, el cual llegaba a tener no el único fin de la petición de abuna, sino también la visita a Roma y a Jerusalén.

Por lo demás «Propaganda» había ratificado la opción del misionero favoreciendo el viaje de mil modos, y en Roma el papa, los cardenales, todos le habían acogido a él y a sus abisinios con todo favor y con demostraciones de plena complacencia. Por ese lado podía el abba Yakob estar tranquilo en su delicada conciencia.

El abuna no había resultado amigo de los católicos, pero sumándolo todo, tampoco de los abisinios, quienes no lo estimaban mucho, y eso había dependido de la desgraciada elección del patriarca, que había engañado a todos.

En el activo del viaje podía en cambio ponerse la impresión producida en el grupo de delegados por las acogidas en Roma y la convicción, evidente en algunos, latente en otros, de que Roma era realmente el centro de la unidad cristiana. Además, De Jacobis había conseguido del viaje un aumento del personal de la misión con Biancheri, Abbatini y Uelde Kiro; había aumentado sobre todo el propio prestigio a los ojos de los notables abisinios, eclesiásticos y seculares, comenzando con Ubié, quien ahora se mostraba lleno de embarazo, no sabiendo cómo agradecer al misionero cuanto había hecho en favor de la delegación durante el largo viaje y la peregrinación a Tierra Santa: si se había tratado en Roma a los abisinios como embajadores, esto, todos lo comprendían, se debía exclusivamente al prefecto.

Cierto, el viaje había gravado bastante las magras finanzas de que podía disponer la misión, y habría que tener en cuenta el sacrificio personal de De Jacobis, las penas, las extorsiones, los contratiempos. Pero eso era lo último en lo que pensaba, mientras se aprestaba a reemprender el trabajo.

PARTE II: LA FLORACIÓN

El camino reemprendido

Aquel primer año de actividad había hecho a De Jacobis conocer Abisinia en su realidad, y el viaje había hecho conocer a los abisinios más de cerca. El sabía ahora cuáles eran verdaderamente las dificultades, no de una misión, sino de aquella misión; no se trataba aquí efectivamente de llevar a la fe cristiana a gentes de otra fe o de ninguna fe, sino de restituir a la fe cristiana a gente, que juntamente por su disidencia de Roma, se creía en posesión de la verdad; y antes todavía era preciso persuadir a aquella gente de que el cristianismo romano u oriental, era una cosa bien distinta de aquella amalgama de creencias, tradiciones, supersticiones, errores, con

supervivencias e infiltraciones paganas, judías y musulmanas, que era entonces el cristianismo abisinio.

Hemos aludido ya a la trayectoria histórica de la iglesia etíope, a su adhesión a la iglesia copta de Egipto hasta el punto de haberla seguido en la herejía y en la separación de Roma; y a cómo todo esto se complicó después y agravó por el aislamiento del mundo cristiano en que vino a encontrarse Etiopía, cuando el Islam, que había añadido a sus conquistas la de la costa mediterránea de Africa, bloqueó las comunicaciones, ya con Europa, ya con Asia; entonces la iglesia etíope, encerrada en sí misma, con escasos vínculos aun con el patriarcado de Alejandría, continuó asimismo con las fórmulas de fe en una posición llena de incertidumbres. En esta materia es efectivamente opinión común de los estudiosos, que la mayor parte de las fórmulas y definiciones teológicas fueron mal traducidas del griego al *gue'ez* y que esta es la causa por la que los abisinios se creen más lejos de la fe católica de lo que en realidad están.

De otro lado, en cuanto a las fuentes de la revelación divina, hay acuerdo entre ellos y los católicos, pues también éstos consideran como tales fuentes a la Escritura y a la Tradición; aún más, aceptan como bíblicos algunos libros que otras iglesias consideran apócrifos, o sea, no inspirados. Creen en el misterio de la Trinidad, aunque tiñendo de antropomorfismo, o sea, de semejanza con el hombre, el concepto de Dios. De otro lado, como las otras iglesias orientales, la iglesia etíope niega la «procesión», o sea, la generación eterna, del Espíritu con respecto al Padre y al Hijo; es la cuestión llamada del *filioque*, de la palabra del texto latino del Credo, que los orientales acusan a los católicos de haber introducido en el texto griego. Pero parece que la palabra correspondiente a *filioque* fue borrada de los textos etíopes en época reciente.

Sobre la gran cuestión de las dos naturalezas en la única persona de Cristo, los libros etíopes son de lo más confuso y contradictorio, de suerte que los etíopes se declaran monofisitas, pero consideran hereje a Eutiques, es decir, al que formuló dicha doctrina. Uno de sus libros

sagrados, el *Senkassar*, dice a este propósito, que por lo menos a partir de la encarnación la divinidad del Verbo no se cambió en carne, ni la carne se cambió en divinidad, sino que ambas quedaron en Cristo cada cual en su naturaleza; creen luego que Cristo obró como hombre y como Dios: en la naturaleza humana padeció y murió, con la naturaleza divina hizo prodigios y resucitó, pues ésta no podía morir.

Pero otra controversia agitaba entonces a la iglesia etíope: la de la «unión» o «unción» del Verbo divino, derivada de la desacertada interpretación de un pasaje de los *Hechos de los Apóstoles* (X, 38). Esta consiste en creer, como hacían algunos, que con la unción el Espíritu Santo había realizado la unión natural de la divinidad de Cristo con su humanidad; según otros, que la unción había sido en cambio solamente un acto cuyo propósito era restituir a la humanidad de Cristo la dignidad que la naturaleza humana había perdido con el pecado original; una tercera opinión, empapada de nestorianismo, sostenía luego que Cristo es Hijo de Dios por la gracia. Esta controversia quedó truncada autoritariamente por el negus Yohannes en 1878, pero en tiempo de De Jacobis era tan aguda, que los monjes y sacerdotes, divididos en sectas, se insultaban a porfía declarándose herejes; el abuna Salama se adhería a la tesis llamada «uncionista», la más alejada de la doctrina católica.

En cuanto a la gracia, al mérito y al demérito, los etíopes sostenían doctrinas como las católicas, pero tiñéndolas de supersticiones; no tienen palabra alguna que designe lo que nosotros llamamos «purgatorio», y por consiguiente de purificación después de la muerte, pero ruegan por sus difuntos, lo que haría suponer que creen en la existencia de un período en que las almas pueden purificarse y subir al cielo.

Otro punto de grave discrepancia con los católicos es el primado de la iglesia de Roma y del papa; la iglesia etíope afirma el primado de Pedro y de los primeros pontífices, pero se lo niega desde el pontificado de san León (440-461) en adelante, pues sostiene que se desviaron de la verdadera fe, lo que es manifiestamente contradictorio; por eso la

iglesia abisinia reconocía entonces como cabeza suya al patriarca copto de Alejandría, sucesor de san Marcos evangelista, quien, según la tradición, llevó el cristianismo a Egipto. En cuanto a los concilios, la iglesia copta, como la iglesia armenia, siria y nestoriana de la India, reconoce como válidos sólo los tres primeros, y no acepta el de Calcedonia (a. 451, en el que se condenó a Eutiques y el monofisismo) ni los sucesivos; y en eso se diferencia de las iglesias propiamente ortodoxas, las cuales reconocen en cambio todos los concilios habidos en Oriente, esto es, hasta el octavo.

Pero lo que más preocupaba a De Jacobis, no eran estas controversias teológicas, sobre las que, por lo demás, Roma se había ya pronunciado hacía tiempo; más comprometedoras y urgentes eran las cuestiones que atañían a la vida religiosa y moral en general, reducida entonces a un estado lastimoso.

La vida sacramental era casi nula: la iglesia etíope reconoce por cierto los siete sacramentos, pero descuida prácticamente algunos, como la unción de los enfermos, caída en desuso, y la confesión, en uso apenas a la hora de la muerte y entonces basada en una doctrina moral, que no juzgaba como pecados el homicidio, el hurto, el falso testimonio, la mentira, la poligamia, el concubinato, la usura, la venganza, la rapiña, todo ello amplia e impunemente practicado.

En cuanto a los demás sacramentos, el bautismo iba habitualmente precedido de la circuncisión judía, y seguido del crisma, de suerte que muchos ignoraban que fuese un sacramento por sí mismo; el matrimonio en forma sacramental, que en Etiopía admite también el divorcio, era de raro uso, y la forma común consistía en un mero concubinato rescindible sin formalidad de ningún orden.

Lo más grave de todo, la cuestión del orden sacerdotal; si se lo hubiese conferido como prescriben los libros sagrados de la iglesia etíope, los sacerdotes podían ser pocos y buenos, pues las prescripciones son rigurosas; pero no se observaban; luego además, en la

anarquía derivada primeramente de la falta de abuna, y más tarde de la presencia de un abuna como Salama, se las desconocía sin más. El abba Teclé Aymanot, de Guala, atestiguó haberse desarrollado su ordenación del siguiente modo: «El obispo (Salama) estaba sentado bajo una tienda cuando en unión de la multitud inmensa de los ordenandos me presenté a él... y leí, por todo examen, algunos versículos del evangelio. El obispo dio luego principio a la ceremonia sagrada leyendo en un libro que tenía delante. El libro estaba en árabe y nadie podía entender lo que decía. Observé, sin embargo, que durante la lectura, el obispo, con la cruz que tenía en la mano derecha, nos signaba varias veces. Cuando llegó mi turno, haciendo que me acercara a él, me sopló en la boca abierta, sin que yo pueda decir, si en aquel acto pronunciaba palabra alguna».

Otro sacerdote abisinio contó una vez que el abuna Salama, topándose en el camino con el grupo de los ordenandos «sin pérdida de tiempo y según cabalgaba en su mula, no inmutándose un punto, nos ordenó rápidamente mediante la bendición que nos dio con aquella cruz de oro que tenía en la mano derecha; solamente con esto nos ordenamos todos...».

De ahí un clero numerosísimo, pero ignorante, convertido aún en venal por las condiciones familiares —en Abisinia los sacerdotes están casados—, incapaces de otra cosa más que de leer los libros sagrados; sin preparación para forma alguna de instrucción religiosa a los fieles, para actividad alguna de educación moral y religiosa excepto la tradicional, plagada de supersticiones; y esto en un pueblo tan adicto siempre a las tradiciones religiosas, y con frecuencia deseoso de tener aún más; los misioneros habían notado, además de la devoción vivísima a la Virgen y la observancia rigurosa de los largos ayunos impuestos por el rito, que regalar a uno un crucifijo era hacerle muy feliz.

En estas condiciones de incultura religiosa, de atonía espiritual, de corrupción moral, pensar que el abuna Salama y sus secuaces declarasen la guerra a los católicos sólo por la cuestión de las dos naturalezas de Cristo y del primado de

Roma hubiese sido de ingenuos; y De Jacobis no lo era. La oposición tenía raíces, sí, en estos motivos doctrinales que formaban parte del antiguo patrimonio, tanto religioso como civil y político, de Abisinia, tierra de tenaces tradiciones, no insensible, por sus vínculos con Alejandría, a las sutilezas bizantinizantes, que llevaban también consigo la aversión a la iglesia de Roma; sino que provenía también de motivos de orden más terreno y menudo, por decirlo así; o sea, de la envidia y celotipia por sacerdotes que eran, como los misioneros, mucho más cultos y preparados para el apostolado, del temor de que un pueblo más instruido también en lo religioso se sustrajese al predominio que aquel clero tan poco digno ejercía sobre él.

En los jefes de cada región estaba luego latente el temor de que los misioneros fuesen en todo caso emisarios de las potencias europeas, que podían contemplar la conquista de Abisinia; y al mismo tiempo, el deseo de apoyarse sobre el poder que se mostrase más fuerte en un determinado momento, fuese la Francia laica de Luis Felipe o la Inglaterra anglicana.

Estos motivos, explícitos o sobreentendidos, tan sólo sentidos o expresados con vivacidad, formaban todos juntos aquella atmósfera de hostilidad continua que era difícil superar, que había permitido hasta entonces sólo escasos resultados, si exceptuamos el viaje a Roma, y que podía desembocar en cualquier momento, en una lucha abierta, capaz de dispersar todo el progreso logrado a costa de tanta fatiga.

Además, los medios que tenía a su disposición eran pocos; los superiores le regañaban por ser demasiado generoso en los gastos: temían que «comprase» las conversiones; pero en este punto, podemos estar ciertos de que estuvo siempre lo bastante sobre sí mismo, para distinguir, con su fino espíritu, a los sinceros de los falsos conversos; y, en efecto, si hubo después traiciones y defecciones (¿y dónde no las ha habido?), jamás provinieron de personas que habían recibido ayuda pecuniaria, sino que fueron motivadas por otras causas de muy distinto orden; si luego, en los momentos de persecución, pueblos enteros volvieron al cisma, como veremos, eso se explica más bien

por el poco tiempo que De Jacobis había tenido para sembrar y hacer crecer sus plantas de verdad y virtud, y por la ferocidad de sus perseguidores.

Por lo demás, salvo la sospecha de la compra de conversiones, los otros ataques a su generosidad para ayudar a los necesitados podían también estar fundados; es que los santos tienen una manera, del todo diversa de la común, de considerar la contabilidad y la administración de la caridad. Sin recurrir de inmediato al episodio evangélico y a la respuesta que Jesús dio a Judas, cuando murmuraba por el dinero que la pecadora había gastado en los perfumes derramados sobre los pies del Maestro, puede recordarse, que el reproche hecho a De Jacobis, es el que otros hacían a otros hombres de su tiempo, por ejemplo don Bosco, Cottolengo, Cafasso, y otros antes de ellos y otros que vendrán después, personas que no miden la ayuda a los necesitados por el «estado de cuentas», y cuando las columnas del Debe y del Haber no cuadran, se remiten a la providencia, con la que saben pueden contar; y todos están en la gloria de Dios.

«De tal género, si no por completo igual», hubiera dicho Manzoni, eran los pensamientos de nuestro misionero, mientras se aprestaba a reemprender con renovado aliento una obra tan ardua, sólo con su fe, con su valor y tres compañeros.

Los efectos de un matrimonio

Hemos dicho que cuando el misionero regresó a su puesto de trabajo, encontró allí dos nuevos motivos de preocupación: la guerra de Ubié con Alí y la hostilidad de Salama.

Ubié, que hasta entonces había sido en el fondo al menos tolerante de cara a los católicos, estaba en el Semién, batiéndose con Alí por el predominio sobre la región septentrional de Etiopía; pese a la ayuda, por lo de más cauta, del negus Yohannes III, Ubié, tras un primer choque victorioso, fue derrotado, aunque logró conservar el dominio de Tigré: la guerra amenazaba en realidad con continuar alternando en sus vicisitudes, y no había nada bueno que

esperar para la misión, cualquiera que fuese el resultado final.

En cuanto a Salama, quien había entrado en Etiopía en octubre precedente, acompañado, a lo que parece, de algunos misioneros protestantes (aquellos mismos que habían sido expulsados unos años antes por su escasa devoción a la Virgen), estaba en el Semién con el ras.

La entrada había sido triunfal, pues en Etiopía se desconocían las cualidades negativas del nuevo abuna; Ubié no había quedado muy satisfecho de su joven edad, pero había terminado por considerarlo tan sólo un instrumento de su política, cosa que al principio le resultó fácil, mientras el abuna puso al servicio del ras la fuerza de sus anatemas.

El aliado era de no poco valor, pues en Abisinia la iglesia copta ha sido siempre, desde la más lejana antigüedad, la única fuerza verdadera del país, la guardiana de la justicia, de la moral, de la cultura y el único aglutinante capaz de mantener juntas las fuerzas en choque de los varios jefes locales, no siempre, al contrario, raramente sometidas al «rey de reyes»; pero la iglesia etíope, su jerarquía y especialmente los monjes, han sido siempre fieles aliados de la clase de los terratenientes, de donde proceden las autoridades políticas y militares; se calcula que pertenece a la iglesia etíope un tercio de la tierra y vastas riquezas, acumuladas durante siglos, cuya cantidad exacta ni siquiera se conoce. Una estructura capilar de quizá más de doscientos mil monjes, sacerdotes, deftera, les garantiza el control moral e ideológico de una sociedad en la que toda familia tiene por jefe a una especie de director de conciencia que influye en su conducta; así es hoy, y tanto más entonces.

Tener, como Ubié, por aliado al jefe de una organización tal era una suerte, al menos mientras duraba el acuerdo; después de esto, la situación podría invertirse, ya en daño del ras, ya del abuna; tenerlo, como De Jacobis, por enemigo, era sin duda el peor de los peligros.

Pero por entonces prevalecía, diríase, sobre cualquier otra consideración, sobre cualquier

gesto, incluso de los jefes, el gran prestigio que circundaba al abba Yakob Mariam, y se lo confirmaron varios hechos.

Un día, mientras estaba en su casa de Adua, entró a verle el abba Teclé Aymanot, un jovencísimo diácono de la iglesia del Mehdanié Alem (Santísimo Salvador) y le saludó con mucho respeto.

El abba Yakob conocía bien a su visitante, a quien había visto siempre asistir asiduamente a las conferencias religiosas, y no se maravilló de la visita; pero aquel día transpiraba de la cara del joven clérigo algo diferente de lo ordinario.

Abba Yakob, dijo el diácono después de saludarle, vengo a verte porque deseo hacerme católico.

—¿Por qué esta resolución?, preguntó el prefecto apostólico.

Porque he visto el fervor con que rezas en la iglesia, el amor con que cuidas a los enfermos, socorres a los pobres, aconsejas a todos cuantos recurren a ti.

¡Pero eso no basta, hijo!

—Lo sé. Pero existen otras razones. He visto que también en nuestros libros se llama a san Pedro cabeza de la iglesia, y he oído lo que Ghebra Miguel y el apté Sel-lassié han referido sobre el viaje a Roma. Vosotros los católicos tenéis la caridad, que es el signo distintivo de los verdaderos cristianos; vosotros os amáis y nos amáis; también yo quiero ser católico.

—Pero piensa, insistió el prefecto, que tú eres clérigo de la iglesia abisinia y has de hacerte sacerdote aquí. ¿No has pensado en el abuna Salama, que te excomulgará?

—¡Ah! ¡El abuna Salama! ¿Quién cree ya en él? Los ras están descontentos de él, pues seduce ora a éste, ora a aquél, para ganar en medio de la confusión; el clero está cansado de su ignorancia; incluso el pueblo, que lo acogió hace un año con grandes fiestas, ahora no lo puede sufrir, pues dice que con él entró la guerra en Etiopía. En cambio todos aquellos

que son verdaderamente cristianos, acuden a vosotros los católicos.

Y era verdad.

Otra vez, cuando volvía de las montañas de Agamié hacia Adua, topó a dos abisinios apostados junto al camino, con intención, parece, de matarle. El no llevaba otra arma fuera del bastón de peregrino, y fue a su encuentro, mirándoles con serenidad: estaban uno a cada lado del camino, apoyados sobre sus armas, y no se movieron: entonces el abba los saludó cortésmente y pasó sin volverse.

Cuando hubo pasado, se sacudieron los abisinios de aquella especie de conjuro, pero jamás pudieron explicarse la razón por la que no habían podido ejecutar su propósito.

Ocurrióle incluso salvarse gracias a la misma astucia abisinia destinada a su perdición.

Habíanle acusado algunos sacerdotes de haber administrado el bautismo en la propia casa, lo que está prohibido en Etiopía, y habían conseguido que fuese juzgado por el *balgadá Areaiá*. En Etiopía no había ley escrita, por eso todo jefe, comenzando con el negus neguesti, administraba justicia por sí mismo, según la costumbre y el arbitrio.

Existe sin duda un código llamado *Fatha Neguesti*, o sea «Derecho de los Reyes», pero se trata de una voluminosa y mala traducción de una compilación árabe, en la que se mezclan preceptos eclesiásticos, derecho romano y antiguas leyes; ésta no correspondía ya a las condiciones políticas y familiares de la Abisinia de entonces.

El *balgadá* mandó llamar al abba Yakob, y cuando lo tuvo en su casa, le invitó a comer consigo y díjole:

—Quieren que te juzgue, y no he podido menos de mandarte llamar, pues soy juez y tengo que juzgar; sin embargo, añadió maliciosamente, tú eres extranjero y podrías negarte a ser juzgado por mí.

—Me niego, naturalmente, dijo el abba Yakob.

—Entonces no hay nada que hacer, concluyó el balgadá, quien evidentemente quería salvar al abba Yakob.

En fin, también el abuna Salama quedó desarmado por la cortesía de su antagonista. Este, habiéndole caído un día en las manos una carta dirigida a aquél, hízosela llevar, junto con un reloj de oro que le había regalado el rey de Nápoles en el viaje de regreso de Roma; otra vez tuvo ocasión de prestarle dinero; y hasta acudió a bendecir a su hermano, que estaba enfermo.

Todos estos hechos llegaron pronto a conocimiento de los jefes del pueblo y la opinión pública forzó al abuna Salama a tratar con mayor respeto al misionero; entre tanto también el ras Ubié volvía a ser poco a poco dueño del país.

Asimismo se organizó la misión, y todos los colaboradores de De Jacobis reanudaron sus funciones; el deftera Ailú era el ecónomo de la casa y se ocupaba de las compras; Asmarié Kenfú, el primer converso, adictísimo al misionero, le ayudaba en las faenas de carácter religioso y le servía de intérprete en los casos difíciles; el abba Melquisedec, convertido después del viaje a Roma, vivía con ellos, y el hermano Abbatini, era el superintendente de la casa y el director del personal de servicio.

En fin, el mismo Montuori pudo regresar de Khartum, adonde se había dirigido durante la ausencia de De Jacobis y fundado una estación misional. El misionero que, antes del viaje a Roma, no se había alejado de Adua más que provisionalmente, por no tener la sensación de que el terreno le fuera favorable, y había realizado una tarea, digámoslo así, doméstica, comenzó a partir de entonces a visitar los diversos pueblos, ampliando el círculo de sus relaciones y recogiendo pronto buenos frutos. En el verano de 1842, en el breve espacio de una veintena de días, pudo registrar en su diligente diario varias conversaciones con personalidades bastante conocidas.

La conversión al catolicismo de mayor provecho fue la del naturalista alemán Guillermo Schimper, que era asimismo el enviado de una sociedad protestante alemana. Había conocido a De Jacobis junto al lecho de un amigo común enfermo a quien visitaban. Las conversaciones religiosas allí comenzadas continuaron algún tiempo, hasta que el misionero, que había escrito también un verdadero y propio tratado sobre la «presencia real», alcanzó su meta: Schimper, convencido por los razonamientos y por la caridad de De Jacobis, cedió a la gracia del Señor y se convirtió en 1843.

Primer fruto de esta conversión fue su matrimonio católico, algo a lo que el misionero se atenía casi tanto como a la conversión.

Hasta entonces habíale sido muy difícil persuadir a los abisinios a que regularizasen sacramentalmente el matrimonio. Hemos dicho que admitían tres clases de matrimonios, dos de las cuales como simples formas de concubinato legalizado. Sólo cuando los cónyuges contraen el matrimonio en la iglesia y reciben la comunión, entonces se hace indisoluble; pero a esta forma de matrimonio recurren tan sólo los eclesiásticos coptos, para quienes es obligatoria, y algunas personas ancianas o de gran ascendiente. Los mismos abisinios que se habían convertido al catolicismo, mostraban entonces mucha resistencia a contraer un vínculo indisoluble.

Schimper, casándose sacramentalmente según el rito católico con una conversa etíope dio el ejemplo público.

Desde entonces, los católicos al menos se casaron regularmente.

El ras Ubié, hecho ahora dueño de Tigré, recibió en su campamento a algunos de aquellos que habían estado en Roma, y el misionero les entregó el *breve* pontificio y los regalos del papa y los del rey Fernando de Nápoles. Ubié, para demostrarle su gratitud, quería donarle un feudo, según una costumbre, un territorio, pero el prefecto, no deseando regalos que conllevaban responsabilidades civiles, administrativas y hasta militares, consiguió que

se hiciese la donación a Schimper. Este aceptó y llegó a ser jefe de un *gult*, o sea, feudo, que comprendía una docena de pueblos en buena posición, con algunos miles de habitantes. Fijaron también allí su residencia una treintena de abisinios conversos, formando el primer núcleo organizado de católicos.

La posición, pues, en el campo seglar, se convertía, si no en óptima, en buena. Más difíciles eran las condiciones en el campo eclesiástico.

*Enrico Lucatello. Luigi Betta
CEME. 1976*